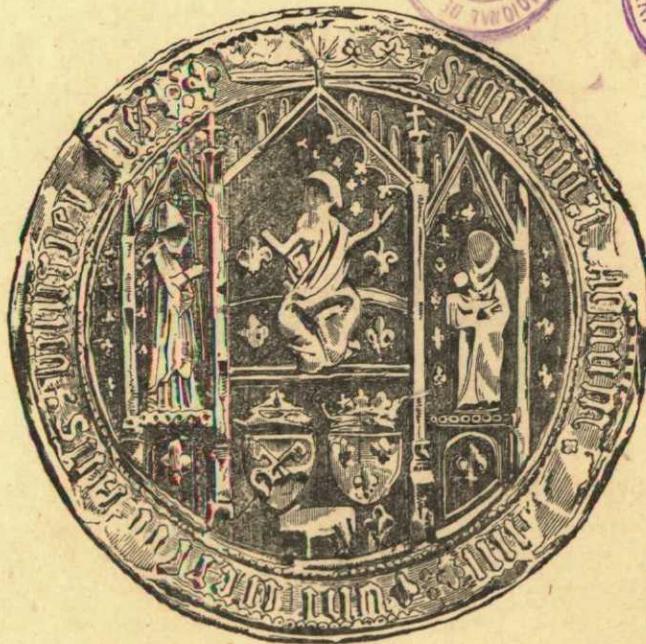


REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

79

54

REVISTA NACIONAL DE EDUCACION

NUMERO

79



AÑO VIII
SEGUNDA EPOCA

1948

REVISTA NACIONAL
EDUCACION

Director: **PEDRO ROCAMORA**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4

❧ **SUMARIO** ❧

E D I T O R I A L

Ciriaco Pérez Bustamante: MENENDEZ PELAYO Y LA AMISTAD

Luis Araujo Costa: EN TORNO A LOS LIBROS DE ENSAYOS

Pierre Boutang: INTRODUCCION A LA POLITICA

Marqués de Lozoya: LA PINTURA DE ISMAEL BLAT

LA OBRA DEL ESPIRITU

CERVANTES Y SU CENTENARIO

**JULIAN MARIAS, PREMIO FANSTENRATH, DE LA REAL
ACADEMIA**

EXPOSICION DE LIBROS NORTEAMERICANOS EN MADRID

VENTANA AL MUNDO

EL SIGLO XIII EN INGLATERRA, por José Ugidos.

LA «MORTE D'ARTHUR», DE MALORI, por J. Osaacs.

NOTAS DE LIBROS

Bibliografía pedagógica de obras publicadas en los años 1930-1935, por Julia Ochoa y Vicente.—Ediciones del Instituto «San José de Calasanz», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Madrid, 1947.

XX incunables de la Colección Massó, por Francisco Vindel.—Madrid, 1948.

Bergnes de las Casas, helenista y editor (1801-1879), por Santiago Oliver Canals.—Ediciones del Instituto «Antonio de Nebrija», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Barcelona, 1947.

Carlos Pereyra y su obra, por Angel Dotor.—Editorial Aguilar.—Madrid, 1948.

Tierra y canción (poesías), por Joaquín Romero Murube.—Editora Nacional.—Madrid, 1948.

Historia de las campañas de Marruecos.—Edit. por el Servicio Histórico Militar del Estado Mayor Central del Ejército.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

DONDE el Estado español ha llevado a cabo una labor más copiosa y titánica ha sido, realmente, en la reconstrucción nacional. Y todo se ha llevado a cabo, sin prisa y sin pausa, bajo un plan metódico, inteligente y heroico. Porque la nación era, allá por el año de 1939, cuando las tropas de Franco liberaron el último reducto comunista, una inmensa ruina, sobre la que los supervivientes enarbolaban, como una bandera victoriosa, el dolor por la pérdida de sus seres más queridos y el dolor por la pérdida de sus mejores conquistas sociales y artísticas. Porque la guerra civil, es decir, la "lucha de la civilización contra la barbarie", nos trajo eso: desolación y espanto. Había, pues, que recobrar la alegría de vivir y había, parejamente, que recobrar tanto tesoro material como las hordas habían estúpidamente sacrificado. Esa era la labor que aguardaba al Gobierno de Franco. Llevar la fe y el entusiasmo a los corazones españoles, lacerados por la catástrofe, y llevar de nuevo, ante sus ojos cansados, el panorama, repleto de imágenes estéticas —incluso en el paisaje—, que algo así como

una furia vesánica había hundido, implacable, en medio de la vorágine.

Se ha publicado recientemente un libro aleccionador: "Franco y la cultura", en el que, de modo sumario, se reseña el fruto de esa labor de reconstrucción de pueblos y de almas. Porque un pueblo no vive, dígase lo que se quiera, de una urgencia de apetitos prácticos, bien saciados, si ante sí, para sus apetencias ideales, no se le labra un mundo de ensueños renovados. En realidad, la cultura es eso. Pues bien: la sola lectura de ese libro es de un interés extraordinario. Nada habla allí con más elocuencia que las cifras y los datos. Porque ante la mirada del lector desfilan, como una cinta cinematográfica, los templos reconstruídos, el rescate de obras de arte, la creación o recreación de entidades museográficas, monumentos y jardines, las artes plásticas, la impulsada industria del celuloide animado, el teatro, la proliferación de la artesanía, etc., etc.

Algo así como volver a poner un pueblo en pie, libre de inquietudes, dueño y señor de su alma, en la que no caben otros sentimientos que los del deber y los del amor. O sea, como decimos, inspirado por la noble satisfacción de vivir. Porque así como los pueblos materialistas y groseros —Rusia a la cabeza— sólo se ocupan de despertar en el hombre la simpatía por el dolor, España, renacida, sólo atiende, por impulsos de una política emancipadora, a despertar en los españoles la simpatía por la alegría. No es una obra simple y fácil. Al contrario: lenta y abnegada, que no se apoya en sugerencias, sino en sanas y ricas realidades. ¿Cómo conseguir estas realidades? Sólo dentro del campo de la belleza misma, cualquiera sea su significación. Dándole al hombre, en suma, motivos legítimos de divertimento, ya en orden del instinto,

ya en orden del sentimiento, procurando, a la par, por una acción didáctica, pedagógica, que el instinto se transforme en sentimiento, capaz de las más sutiles y altas emociones estéticas. A este punto son harto expresivas estas palabras de Oscar Wilde: "La simpatía por el dolor seguramente existirá siempre. Es uno de los instintos primarios del hombre. Pero hay que tener en cuenta que, mientras la simpatía por la alegría multiplica la cantidad de júbilo del mundo, la simpatía por el dolor no resta un ápice del total de sufrimiento. Podrá, a lo sumo, hacer al hombre más capaz de resistir el mal; pero el mal continuará existiendo. Y cuando la sociedad haya resuelto el problema de la miseria, y la ciencia el problema de la enfermedad, la esfera de los sentimentalistas quedará considerablemente disminuída, y las simpatías del hombre serán más sanas, espontáneas y trascendentales. Y el hombre disfrutará en la contemplación del alegre vivir de sus semejantes."

Esta es la labor, en definitiva, del Estado español. Capear las angustias del mundo y apartar a su pueblo, con inteligentes pretextos, de su simpatía por el dolor, para llevarlo, día a día, a lo que es mejor y más consistente: a la simpatía por la alegría. Lo primero, pues, que urgía era alzar a España de la postración en que la sumieron las turbas soviéticas. Después, reconstruirla totalmente, aportando, en el mismo ritmo, nuevas y gratas realizaciones en los ámbitos del trabajo, de la ciencia, de la investigación, de la literatura y del arte.

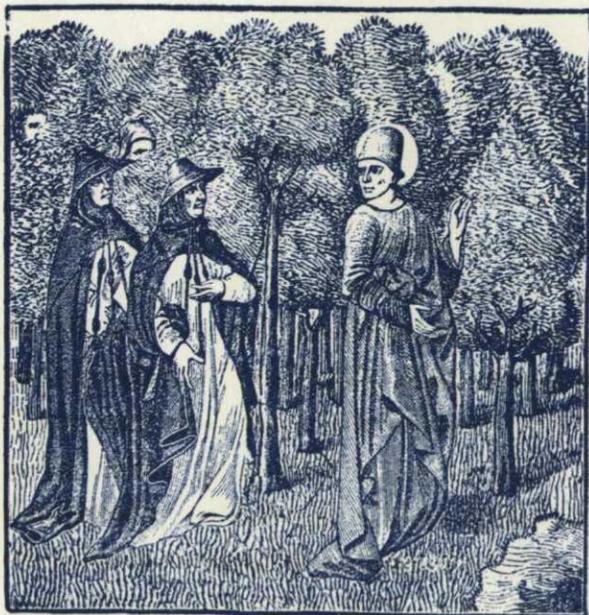
No transcurre una fecha, desde 1939, sin que el Gobierno de Franco no alcance un hecho inconcuso en este aspecto de la vida nacional. Sólo un resentido o un fanático del peor de los fanatismos, la incomprensión, puede cerrarse a la confir-

mación de nuestro aserto. "No quedó en zona marxista una sola obra conocida de Goya, ni de Velázquez, ni del Greco, nada de valor internacionalmente cotizabile. Toneladas de oro y plata fundidos, vagones cargados de orfebrería y piedras preciosas, cruzaron la frontera. Los tesoros de El Escorial y los del Prado fueron a parar a Ginebra; los del Museo de Segorbe, a Valencia; los de Valencia, a Madrid; los de Lérida, a Zaragoza; los de Barcelona y Bilbao, a París." Y así, de una zona para otra, hasta que, llegado el instante, y temerosos de las avanzadas de las tropas nacionales, o se llevaban esos tesoros al extranjero o los calcinaban, como habían hecho y hacían con edificios maravillosos, verdaderos arsenales de riqueza y de arte. Restituir estos tesoros a la Patria fué la primera misión que se impuso el Gobierno de Franco. En lo mejor, se obtuvo, fuera de la plata y el oro, que partieron para Rusia y Méjico. Sin embargo, mermadas sus arcas, triturado su solar, cubiertos de luto sus hogares, España volvió a sentirse erguida, dispuesta y fecunda, y de lo imposible, multiplicando sus esfuerzos y sus sacrificios, levantó muros, restañó heridas, forjó ensueños...

Y aquí está, cara a su porvenir, como nueva. Cargada de cicatrices, pero animosa; expoliada, pero optimista; asae-teada por la incomprensión forastera —salvo fraternas excepciones impagables—, pero altiva; pobre, pero honrada.

No será muy copiosa su hacienda, pero sí suficiente para vivir sin dependencias onerosas y tristes. Mientras, en tanto se fortalece esa hacienda, no descuida sus preferencias culturales. Y organiza centenarios ilustres; exposiciones de arte; concilios científicos; certámenes literarios... Ningún pueblo del orbe, en la hora de ahora, puede entregarse con más seguridad y más entusiasmo a las puras delectaciones del espíritu...

Es decir, mientras el mundo, al borde del caos, no parece sino empeñado en difundir su simpatía por el dolor —porque es dolor el insosegado afán de crear conflictos, y encrucijadas, y agresiones—, España se debate, sin retroceder en su camino, por difundir su simpatía por la alegría. Una alegría que no puede fingirse, porque es lo único del hombre que no admite simulaciones, sino que está en ella, en la nación misma, de punta a punta y de dentro afuera, como fruto cierto de su hidalguía, de su fe y de su heroísmo.



MENENDEZ PELAYO Y LA AMISTAD

por CIRIACO PEREZ BUSTAMANTE

EN la ANTOLOGÍA DE POETAS HISPANOAMERICANOS del gran polígrafo santanderino hay unas páginas transidas de singular estimación para las letras colombianas. A él debe Santa Fe de Bogotá la difusión del epíteto, estereotipado para siempre, de Atenas de la América del Sur, y todo el país un elogio casi bucólico al enjuiciar el carácter de su población, *que no había manchado su conquista con ninguna de las ferocidades y excesos de sórdida codicia que anublaron la gloria de la del Perú, a lo que correspondió desde el principio la paz inalterable en que vivió aquella colonia, la moderación de su gobierno, la templanza de las costumbres y lo arraigado de las tradiciones domésticas, más fáciles de conservar en una población agrícola y sedentaria, aislada en las mesetas de los Andes y separada de la costa por inmensos desiertos y ríos caudalososísimos, que en la muchedumbre abigarrada y levantisca que acudía a los puertos o a las grandes explotaciones mineras.*

Y es que don Marcelino, además de conocer a fondo la historia y la literatura colombianas, sostuvo íntimas y cordiales relaciones epistolares y eruditas con las más destacadas figuras del humanismo en aquel país. Prueba de ello es el epistolario que se cruzó entre el eminente crítico y don Miguel Antonio Caro, preclaro humanista, erudito y político colombiano.

Recientemente se ha reimpresso el de Valera y don Marcelino, interesante y curiosísimo, porque refleja el ambiente de la época y descubre aspectos íntimos de ambos personajes. Pero en él se advierte siempre un tono de superioridad por parte de Valera, mucho más viejo que su corresponsal, y no pocas concesiones de éste a ciertos devaneos, murmuraciones y hasta escabrosidades de don Juan, que era un hombre de mundo, con todas las cualidades y defectos inherentes a ello.

En cambio, las cartas entre Caro y Menéndez Pelayo, menos confidenciales, tienen un tono tan sabrosamente humanístico, fino y erudito, que encanta por su sencillez, por su delicadeza moral y por su distinción, calidades que no excluyen discrepancias, a veces profundas, que suelen terminar con la sumisión de don Marcelino a las indicaciones y consejos de su ilustre amigo y admirador.

De esta amistad, comenzada en 1878, nació la de Menéndez Pelayo con don Rufino José Cuervo. No sabemos cómo se inicia esta relación; pero en el mismo año, y en carta del 17 de diciembre, decía Caro a su compatriota: *El señor Menéndez Pelayo, autor de una obra intitulada Horacio en España y Portugal y otras producciones, me escribe desde Santander (España) pidiéndome datos americanos para una bibliografía crítica de traductores. Yo le he comunicado al-*

gunas noticias. Si usted se halla en Madrid, salúdelo en mi nombre (1).

Por este tiempo trabajaba denodadamente el gran filólogo colombiano en la preparación de su monumental *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, gracias al cual, aunque desgraciadamente incompleto, es Colombia la tierra clásica de la lingüística hispanoamericana, y era ya muy conocido y estimado en España y en todos los países de nuestra lengua por sus trabajos filológicos, y singularmente por sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y por sus *Notas a la Gramática de Bello*, demostrativas de la profundidad científica de su conocimiento de nuestro idioma y del rigor de su análisis psicológico gramatical, inspirado en los métodos de Müller, Bopp y Curtius.

El *Diccionario* fué siempre la gran preocupación de Cuervo. Al trasladarse a París en 1882 siguió acopiando datos, y hubo de rehacer gran parte de la redacción que había terminado; pero siempre encontraba reparos a su propia obra, que temía que saliese *mala, y sobre mala, cara, y sobre cara, invendible*. Por eso consultaba a Caro, que no vacilaba en darle alientos, comparando sus desmayos con los de Miguel Angel y animándole a comenzar la impresión del primer volumen aunque la obra no estuviese terminada. *En cuanto al éxito, téngalo usted por seguro y creciente, que es lo más importante. ¡Adelante, adelante!* (2).

Los consejos de Caro animaban a su corresponsal y le confirmaban en su intención, «*aunque el miedo no se me quita del todo. Usted comprenderá —prosigue— en que este temor, una vez que no haga alzar mano a la obra, no es malo.*

(1) *Epistolario de Don Miguel Antonio Caro. Correspondencia con Don Rufino J. Cuervo y Don Marcelino Menéndez Pelayo*. Bogotá, 1941, pág. 30.

(2) *Epistolario*, págs. 74-75.

Si el libro no tiene aceptación, no hay desengaño; si la tiene, es agradable sorpresa. No pasará de dos días sin que, con la ayuda de Dios, lleve los primeros tomos para la impresión definitiva: será la proposición A, que está escrita en más de cien cuartillas como las que usted vió allá, y que podía dar a dos columnas, en el tamaño, por ejemplo, del diccionario de Velázquez, de veinticinco a treinta páginas. Esto me hace creer que el libro no se venda (1).

Y posteriormente insiste en sus preocupaciones: *Estoy casi seguro de que es clavo, pues no creo que se venda. Puedo decirle que sólo he emprendido la publicación por puntillo con los enemigos de allá; quiero que la segunda (o más) excomuniación me venga por falta de acierto y no por la de trabajo (2).*

Por fin, el 5 de octubre de 1884 le remitía unas entregas del *Diccionario*. *Ninguna lleva dedicatoria, por ser un puro aviso. Muchos defectos tiene, sin duda, que estando entre mis amigos se hubieran podido remediar; pero Dios lo quiso de otro modo: paciencia y barajar. Queda un recurso, y es el de un Apéndice, y ya tengo algo para comenzar; todo lo que ustedes me comuniquen será acogido con los brazos abiertos (3).*

Al cabo de un mes, Cuervo se siente más optimista. *Hasta ahora —le dice a Caro— puedo decir que no ha pegado mal la entrega del Diccionario. Morel Fatio le ha hecho un gran elogio en la Revista Crítica, y Gastón Peris le escribe con grandes elogios y hará lo propio en la Romania. Pero lo que más le agrada—y supone que también a Caro—es la acogida*

(1) *Ibid.*, págs. 81-82.

(2) *Epistolario*, págs. 98-99.

(3) *Epistolario*, pág. 104.

que tuvo el libro en la Academia Española (1). Por eso le transmite la nota que recibió de esta ilustre Corporación: *Enterada la Real Academia Española en su junta de anoche, por el señor don Marcelino Menéndez Pelayo y por el infrascrito, de la suma importancia que a no dudar tendrá el Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana, que V. S. ha empezado ya a publicar, acordó unánimemente y con íntimo júbilo darle muy fervorosos parabienes por una obra en que juntamente demuestra vasto saber y casi increíble perseverancia. Lo que, en cumplimiento de grato y honoroso deber, me apresuro a comunicar a V. S., cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid, 17 de octubre de 1884.—El Secretario, Manuel Tamayo y Baus.*

Tan grata fué esta comunicación para don Rufino José Cuervo, que a vuelta de correo, porque la carta está fechada el 22 de octubre, escribe a Menéndez Pelayo, y le dice: *Sé que a usted y al señor Secretario de la Academia debo el que ésta se haya enterado de estar ya publicándose mi Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana. Como la satisfacción con que la Academia ha acogido esta noticia no puede proceder de otra cosa que de la benévola e indulgente mediación de ustedes, me complazco en reconocer a usted esta deuda y manifestarle mi más vivo agradecimiento. Siendo en el orbe literario una recomendación de usted lisonjera esperanza para los aficionados a las letras, muy cerca estaría de envanecerme con este favor si no supiera que la bondad de usted es igual a su saber... (2).*

Sin embargo, la obra iba muy despacio y absorbía todo el tiempo de su autor. *Usted y los demás amigos* —le decía

(1) *Epistolario*, págs. 105-106.

(2) *Biblioteca Menéndez Pelayo*.

a Caro en carta del 5 de noviembre de 1885— *se pasmarán de la lentitud; yo también me pasmo, pero al cabo habremos de convenir que no es tan fácil henchir un perro. Estoy ahora arreglando el prólogo, que, naturalmente, es largo; veré si consigo hacerle imprimir con anticipación para enviarle las pruebas en consulta...* (1).

El 5 de marzo de 1886 le dice que el prólogo está ya en pruebas y que había pensado enviárselo a él y a Pombo para que lo castigaran; pero teme que no haya lugar. *Si para el correo inglés está hecha la primera corrección, que ha sido diabólica, se lo remitiré para que me vuelva sólo las tiras en que haya observación. Ha sido necesario tocar muchas cosas que me han parecido pueden ofrecer dificultad a lectores de alguna instrucción; explicarlo todo al alcance de los que jamás han abierto un diccionario sería imposible*» (2).

Transcurrido un mes vuelve a escribirle; le envía más pruebas del *Diccionario*, por las que verá que el primer tomo (A-B) está para acabarse; pero el prólogo, que es su preocupación, *no ha ido porque, para el tiempo que queda, es ya muy tarde para poder aprovecharme de las indicaciones y correcciones de usted, cosa que lamento en el alma, pues hay puntos en que no las tengo todas conmigo, y hay ciertas cosas que sólo la intimidad de amigo y compañeros viejos puede corregir. ¿Qué amigo de ayer me dirá: Esa frase está oscura; la de más allá, desvaída; ese giro es incorrecto? Usted me corregiría, como antes, en la materia y en la forma; he tenido que consultar algo de la materia, para que haya los menos disparates posibles. Lo he enviado a Schuchardt, a quien debo gran benevolencia, y me ha hecho algunas indicaciones; lo*

(1) *Epistolario*, pág. 120.

(2) *Epistolario*, pág. 125.

he mostrado a Morel Fatio, y envié una parte a Menéndez Pelayo, que aún no tiene tiempo de contestar, pues la remití más tarde de lo que pensaba. En fin, por falta de diligencia no quedará (1).

La consulta que sobre tema tan delicado y de tan grave preocupación envió Cuervo a Menéndez Pelayo se contiene en una carta escrita en París el 29 de marzo de 1886, y dice así:

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Mi venerado amigo y señor: Mucho he vacilado para resolverme a molestar a usted con una impertinencia y no me he atrevido a hacerlo sino al ver la suma inmerecida de benevolencia con que usted ha dado hospitalidad a mi asendereado librito sobre el habla de mi ciudad natal.

Es el caso que me ha hecho usted concebir la esperanza de que, cuando le envíe el primer tomo del Diccionario, que ya queda calzándose las espuelas para ese viaje, me otorgará usted un rato para leer el prólogo.

Pues bien: lo que entonces le parezca a usted malo ya tal vez no se animaría usted a decírmelo, y, dicho, me serviría para arrepentimiento más bien que para oportuna enmienda. Conque podría usted hacerme una anticipación y leer, señalando los desaciertos, el pedazo que en galeradas le remito a usted. Los puntos que me inspiran más desconfianza son éstos: ¿Estaré muy democrático en la calificación de las diversas categorías del lenguaje y al estimar la parte que en esto cabe a la nación y a los escritores? Usted sabrá, sin

(1) *Epistolario*, pág. 128.

duda, que en las comarcas en que yo nací, por más que uno se mire y se remire, se necesita ser un Caro para no tener sus puntas de radical anarquista, etc. Temo, además, que esta parte adolezca de alguna vaguedad u oscuridad. ¿Lo que digo sobre el Centón Epistolario es razonable? No sé qué aires corren entre ustedes sobre este punto, y me dolería que mis noticias fuesen trasnochadas.

No he empezado por pedir de antemano a usted su beneplácito, porque eso supondría quitarle de todos modos a usted el tiempo pidiéndole una carta. Aquello fuera lo más cortés, pero esto es lo más expedito; pues si usted no tiene tiempo, no lee nada, y yo culparé mi mala suerte y nunca la buena voluntad de usted. Si usted pudiera prestarme este servicio, le ahorro el gravamen de una carta y la ansiedad de quien aguarda un golpe que le viene encima.

He hecho tirar varios ejemplares de las galeradas; de suerte que usted no tiene que devolverme las que le remito. Aquí tengo unas en que están corregidas las erratas de imprenta, y de ellas he trasladado a las de usted las que facilitan la lectura.

Pido a usted mil perdones por este abuso, protestándole que por ningún caso quiero que sea para usted compromiso. Usted hará lo que buenamente pueda, que, desde decirme que le ha sido imposible complacerme para adelante, dejo a usted todas las libertades imaginables.

Cuente usted con que siempre soy su respetuoso amigo y admirador apasionado,

q. b. s. m.,

Rufino José Cuervo.

Es inútil decir a usted que cualquiera reparo de usted sobre el fondo o la forma será acogido con la más viva gratitud.

Otro petardo: ¿Tiene usted a la mano la edición de Fray Luis de León hecha por el P. Merino? Yo no tengo sino el tomo de las Poesías, y deseo saber si en la Exposición de Job, cap. 32, v. 17, se lee resume o reasume. De este último modo se ha puesto en la reimpresión del año pasado. En Rivadeneira dice resume. Si en la edición del P. Merino se lee también de igual manera, sería un ejemplo curioso que agregar a los que van en el Prólogo, que causa todas estas molestias a usted. Mil perdones (1).

La respuesta de Menéndez Pelayo fué tan animadora y halagüeña para Cuervo (2), que éste, en carta de 7 de mayo, además de agradecerle su contestación, le expresa la tranquilidad con que envió sus pruebas a la imprenta, y espera que muy pronto estará ultimada la impresión del primer tomo:

París, 7 de mayo de 1886.

3, rue Meissonier.

Señor D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy venerado y querido amigo: Yo bien sabía lo ocupado que usted vive, y fué menester esforzar en mi ánimo la idea que tengo de la bondad de usted para atreverme a causarle el petardo de mi pedazo de prólogo. Ahora que veo lo fundado de mis esperanzas, me lleno de gratitud por la benevolencia

(1) Biblioteca Menéndez Pelayo.

(2) Fué publicada por el P. Pedro Fabo, en el t. III de su obra *Rufino José Cuervo y la lengua castellana*. Bogotá, 1912, págs. 184-185, y está fechada en Madrid el día 4 de mayo de 1886.

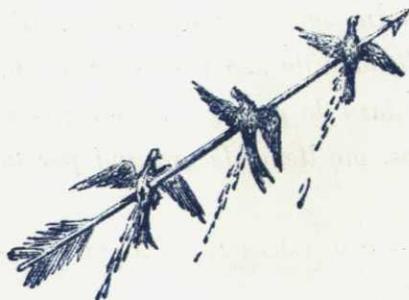
con que usted me trata, y no hallo los términos adecuados para manifestársela a usted.

Como no era urgente enviar esas pruebas a la imprenta, estaban dormidas en casa; al llegar la carta de usted, he pensado en ellas y las he enviado con más tranquilidad, para que hagan la imposición. Espero que este mes se acabará el primer tomo, pues hoy me han traído las pruebas del final del texto, y ya se está componiendo la lista de autores y abreviaturas. Por más que me alienten usted y los buenos amigos y colegas de esa ciudad, todavía no las tengo todas conmigo.

Mil y mil gracias por todas las pruebas de amistad que, sin títulos algunos de mi parte, se digna usted prodigarme, y cuente usted con el respetuoso afecto de su amigo y admirador apasionado,

Rufino José Cuervo.

Gracias a esta feliz intervención, la obra monumental del gran filólogo colombiano adelantó su publicación y le animó a proseguir sus trabajos, que, desgraciadamente, no pudieron terminarse, privándonos con ello de la aportación más importante para el conocimiento científico de la construcción y del régimen de nuestra lengua.



EN TORNO A LOS LIBROS DE ENSAYOS

por LUIS ARAUJO COSTA

RICHARD Steel y Joseph Addison han nacido en el mismo año de 1672 y mueren, con un bienio de diferencia, más joven Addison que Steel. En la historia de la literatura inglesa tienen extraordinaria importancia las publicaciones periódicas que uno y otro han fundado. La de Steel se llama el *Tatler*. Vive solamente de 1709 a 1711. La de Addison, el *Spectator*, de 1711 a 1712. Su influencia dura todavía. El ensayo se ha definido, ha tomado en el pensamiento carta de naturaleza. Se le considera ya, desde entonces, un nuevo género literario, con el precedente de los *Ensayos* de Montaigne, de los tratados de Erasmo, tal vez de cuanto se origina y toma cuerpo en los *Diálogos* de Platón, sin olvidar los *Caracteres* de Teofraсто, discípulo de Aristóteles, que tradujo a su idioma y amplió La Bruyère en el gran siglo de Francia. Sin Steel y Addison, no existirían a buen seguro ni la *Adrastrea*, de Herder, ni las *Horas* y la *Nueva Talía*, de Schiller, ni lo más jugoso y quintaesenciado de los pensadores modernos. Eran periódicos destinados a vivir muchos años más que los libros. Era una forma particular de la filosofía, muy aparentada a la simple literatura. Aquellas hojas y folletos hoy los miramos con la emoción y la entrega total del alma, que nos rinde ante un

Stradivarius o un *Amatti*, joyas de los dos violeros más insignes de Cremona.

España, que no en vano erasmizó de lo lindo en los comienzos del XVI, y que cuenta con uno de sus ingenios más preclaros, a Gracián, es un país rico en ensayistas. Los hay en todas las épocas, sobre todo a partir de la generación del 98. Al recuerdo llegan los nombres más insignes: Ganivet, Unamuno, *Azorín*, Maeztu, Ortega... La filosofía y la crítica contribuyen al ensayo. La historia de la cultura ha conquistado un nuevo continente.

El ensayo es un género muy apropiado a los espíritus sutiles, penetrantes, observadores minuciosos de la vida y de los objetos. En ellos, la fineza preside a la geometría. Las cosas toman a su conjuro alma y color. Nada escapa para ellos, en su movimiento existencial, a las categorías de *quando* y de *ubi*. El continuo se desmorona en lo crepuscular y lo ondulatorio. Cada milésima de segundo cobra corporeidad, y en el todo se han rendido matices, sombras, luminosidades, direcciones imperceptibles en lo profundo de lo inconsciente y de lo que comienza a liminarsse en una aurora tenue de memoria y emoción. El ensayismo corresponde, en ciertas facetas de su fisonomía, al impresionismo de Eduardo Manet, Claudio Monet y Berta Morissot. Para el segundo de los mencionados la catedral de Ruán no es la misma a las doce del día que a las seis de la tarde, cuando se pone el sol hacia los equinoccios de marzo y septiembre. Hay tantas catedrales como entonaciones luminosas. ¿No es esto una forma de ensayo? El género da también valor de primordialidad a lo que una razón fría juzga a veces secundario. Recordemos una obra de Schopenhauer, *Parerga y Paralipomena*, publicada en Berlín en 1851. Reciben el nombre de Parerga los trabajos menores de Hércules. Paralipomena —nos lo dicen los dos libros inspirados del Antiguo Testamento— significa cosas omitidas. La palabra se hizo familiar de los españoles con la *Pepita Jiménez*, de don Juan Valera. El filósofo del *Mundo, como representación y voluntad*, y de *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, es en esta obra —la más leída de todas las suyas— un ensayista, y su amor al ensayo y sus apti-

tudes para tan sutil manifestación literaria las ha tomado de nuestro Baltasar Gracián, a quien exaltó con entusiasmo y le dió a conocer al mundo todo.

Era natural que la práctica del ensayismo tentara a un entendimiento tan cultivado como el de Joaquín de Entrambasaguas, catedrático de Historia de la Lengua Española en la Facultad de Letras de la Universidad Central. Su carrera y sus aficiones habíanle llevado hasta ahora a trabajos de sólida erudición literaria. El ha investigado, con mucho fruto, en la vida de Lope de Vega, y casi un niño sacó de molde un grueso volumen sobre las enemistades del Fénix de los Ingenios, Monstruo de la Naturaleza, con el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa y el lector de Gramática Latina en Alcalá, Pedro Torres Rámila, con todos los incidentes de la *Spongia* y el *Expustulatio spongiae*, las dos sátiras que él encontró y dió a conocer al mundo erudito y las alusiones al asunto que hay en los *Misterios del Japón*, de 1618; *La Filomena*, de 1621; los *Soliloquios*, de 1626; *El laurel de Apolo*, de 1630, y *La Dorotea*, de 1632. El ha dado mucha luz en multitud de opúsculos a la biografía y al pensamiento de Lope, de quien conoce al pormenor todas las obras, porque todas las ha leído y, además, ha desentrañado los avatares de sus manuscritos. El ha puesto en circulación a una familia de ingenios, los Ramírez de Prado, y ha traducido a la moderna en la interpretación y el comentario gran número de producciones literarias de nuestro Siglo de Oro. El se ocupa en redactar, con documentos sacados de los archivos y el aparato de crítica que pide la exégesis actual, una biografía de Moratín, se entiende Moratín el hijo, don Leandro, porque el padre cuenta poco para Entrambasaguas, si se le quita el haber engendrado al autor de *El sí de las niñas* y *La Comedia Nueva*. El conoce en la actualidad como pocos la literatura romántica española, los versos de nuestros poetas inmortales, las intenciones y las anécdotas que aquí y allá se ofrecen. El es, además de erudito, un perfecto hombre de mundo, amenísimo conversador, y anfitrión, y comensal incomparable, muy en la vena de Brillat-Savarin, magistrado, como Entrambasaguas es catedrático de Literatura; pero

uno y otro, maestros en el arte de Carème y Vatel. El junta a sus cualidades la de bibliófilo, a quien nada hubieran tenido que envidiar Gallardo, Sancho Rayón, el Marqués de la Fuensanta del Valle, Zabálburu y Sánchez de Toca, Marqués de Somió. El alterna la vida de estudio con proceder a lo Brummell en el adorno de su persona y en la vida refinada.

Era natural que, dadas sus condiciones, le tentara el ensayo, y he aquí los dos elegantes volúmenes que ha editado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas el Instituto «Antonio de Nebrija». El primer volumen lleva por título general *La mirada alrededor* (*Ensayos sobre las cosas*), y el segundo, *El latido de los seres* (*Ensayos sobre las gentes*). Hablé antes de Steel y Addison. He de añadir que en sus ensayos del *Tatler* y el *Spectator* se refieren a la moral, esto es, a las costumbres, palabras que en el fondo son una misma cosa. Sólo el matiz y los oficios semánticos las diferencian. Entrambasaguas no aparece en estas páginas como costumbrista, al modo de un Quevedo, un Zabaleta o un Larra: es, ante todo, psicólogo. El camino de sus breves análisis acaso nos conduzca, por asociación de ideas, a la familiaridad de Taine, el filósofo del arte y también, y muy particularmente, de Fromentin, el autor de *Los maestros de antaño*. La pintura de los Países Bajos ha de estudiarse en Fromentin y en su enemigo León Daudet. No estará de más, en lo sucesivo, leer con cuidado estos primeros capítulos de Entrambasaguas. Sepamos ver los paisajes en los espejos convexos de los pintores de allí. El espejo desempeña un papel primordial bajo el cielo nuboso de Brujas, de Bruselas, de Amberes, de Gante... Las frecuentes lluvias y el frío intenso de los inviernos rigurosos con el *verglas* en las aceras y en la calzada impiden la mayor parte de los días el paseo de las familias burguesas, los descendientes de aquellos pañeros retratados por Rembrandt. Han de permanecer en casa, junto a la doble cristalera de los ventanales, contemplando, para distraerse, lo que ocurre en el exterior. Y para mejor observar, se ha colocado en forma adecuada un espejo, que llaman *espía* y que refleja todo lo que importa mirar. ¿No tendrá mucho de semejante el *espía* con el

espejo convexo de los cuadros de interior a que tan sabrosos comentarios consagra nuestro ensayista? La ingenuidad primitiva es artificio; la perspectiva, sabia disposición de masas y formas; acaso la mejor expresión plástica de tales ideas se encuentre en los tapices de Arras, que se llamaban antiguamente entre nosotros paños de Ras. Las composiciones con destino a los tapices flamencos fingen ignorar la perspectiva. Bien observados, con el punto de mira en la parte superior del cuadro, denotan mayor conocimiento de la tercera dimensión que los *Gobelinos* de Luis XIV y los *Goyas* del Pardo y del Regio Patrimonio de España. Y es que el genio de Fuendetodos pinta al aire libre. En nuestras latitudes geográficas no son menester las dobles vidrieras, ni yo creo que hay palabra en castellano para decir *verglas*. El hielicidio que dan los viejos diccionarios de francés ni me convence ni convence a nadie. Las nubes bajas y el *verglas* en el suelo determinan una manera de concebir y realizar muy diferente a la que preside una atmósfera limpia y un cielo azul. ¿No confirma la observación la mano izquierda del *Erasmus*, de Holbein, analizada con tan fino ingenio por Entrambasaguas?

El sutil ensayista ha de recrearnos todavía contando lo que, a su modo, significa la arquitectura del paisaje y el arte de Gaudi. En efecto: el templo barcelonés de la Sagrada Familia, más que un edificio, es un paisaje. Hay una concomitancia evidente entre el árbol y la columna, entre la bóveda y las ramas que forman una techumbre. Los franceses tienen para esto una palabra única, de difícil y mala traducción a nuestro idioma: *faite*. Entrambasaguas discurre después sobre el alma de las ruinas. Viejas murallas derrumbadas, viejas piedras orladas de verdura y en un marco y un fondo de paisaje. ¿No deriva de aquí todo el arte de los jardines a la inglesa antes de que los uniera a los jardines chinos el conde de Caraman?

Entrambasaguas se interesa por lo que el personaje de Dickens llamaba «cosología». El alma de las cosas, ¿a qué espíritu sensible no ha de interesar? Los versos tan conocidos de Lamartine y las novelas de Eduardo Estaunié nos colman aquí las medidas. El sa-

bio catedrático de la Central inicia un sistema de las cosas muy en la corriente de la lógica clásica que investiga para la función del conocer las relaciones entre el sujeto y el objeto. ¿Ponemos tanto en la labor cognoscitiva? ¿Queda tan pequeño el mundo exterior en su realidad meta? Kant nos da el tono, y antes que él, ya en términos bastantes exagerados, Berkeley, que formula una teoría filosófica de las que quedan en un libro sobre las propiedades del agua de alquitrán. Con los años hubo que desgajar lo accidental contenido en lo esencial. Algo de ello ha ocurrido ya en los oscuros horizontes literarios con la *Manon Lescaut* del abate Prévost y la *Carmen* de Mérimée. Pero el autor no se limita al campo de la lógica. Más aún: quiere evitarlo, y lo evita para refugiarse en el sentimiento, la sensibilidad, la emoción, la memoria, la añoranza... Y en estos órdenes sí que ponemos mucho en las cosas. Existe incluso un alenguaje personal dentro de nosotros mismos que jamás a nadie comunicamos. Un niño contempla a una hermanita suya mayor que estudia el piano. La ve mover los dedos oprimiendo las teclas. Las manos vuelan como palomas de un extremo a otro de los marfiles. El niño asocia la idea de estudiar al juego de las falanges en el teclado, y la asociación no se borra nunca. Estudiar es teclear aunque se estudien Matemáticas, Historia, Derecho o Medicina. ¡Vaya si ponemos partículas del propio ser en cuanto miramos alrededor!

El tomo segundo de Entrambasaguas comienza entre un doble signo, al que dan nombre Renán y Debussy. ¡La catedral sumergida! Quisiéramos hundirnos en las aguas para asistir a la misa a que las campanas convocan. La iglesia de Is fué incorporada al mar hace mil años en la costa bretona. Al autor de la *Vida de Jesús*, cuando estudiaba en el Seminario Menor de Tréguier, le ha parecido escuchar el repique llamando a la oración a fieles que no existen. Las notas de Debussy preceden a las frases de nuestro ensayista, a la canción del agua. Blasco Ibáñez acierta también en estas sensaciones de chapoteo al describir en *La vuelta al mundo de un novelista* en Taj Maal indostánico.

En la prosa de Entrambasaguas cada línea es una sugestión, y

todas las sugerencias se agrupan compactas hasta formar un continuo denso. Más adelante es un vals vienés. El autor incurre en la «inevitable cursilería» de derramar una lágrima sentimental. Ya es la vieja del perro en el café de barrio, donde se advierte toda la ternura de Dickens en los trazos vigorosos de un Daumier. Ya es el cojo que se suicida en el hotel provinciano. Ya el joven filósofo quiere sonreír a la vida porque antes le sujetaron a su ciencia aquellos argumentos tan generales y tan de todos que supo expresar el sacerdote y poeta canario Bartolomé Cairasco de Figueroa :

*La razón y el amor, bandos contrarios,
tienen, con otras, esta diferencia:
que amor suele parar en inconstancia,
y la razón arguye permanencia.*



Los *Ensayos* de Joaquín de Entrambasaguas son manantial de fructíferas meditaciones. La exquisita sensibilidad del autor; su maestría para enfocar y resolver los problemas del ente, la vida, el mundo y las circunstancias de recuerdo personal o colectivo que acompañan a cada sensación; su cultura profunda y extensa; su habilidad para concretar en pocas líneas innumerables riquezas del alma; su retina, que distingue a la perfección las diferencias, a veces imperceptibles, de los tonos; su experiencia en varias literaturas a través de los siglos atrás, son cualidades que hacen de Entrambasaguas un ensayista de empuje y un filósofo y crítico de los seres y de las cosas en la línea y tradición de los más importantes.

INTRODUCCION A LA POLITICA

por PIERRE BOUTANG

Pierre Boutang es uno de los escritores contemporáneos que con más sagacidad ha sabido explorar el mundo del pensamiento actual, muy particularmente en los dominios de la doctrina política. Colaborador asiduo de la revista "ECRITS", de París, ha publicado diversos trabajos, en los que, con juicio excepcional, expone la serie de inquietudes intelectuales que Europa tiene planteadas en esta era dramática de la post-guerra.

EL mundo actual no carece de teorías sobre el mejor modo de gobernar a los hombres y sobre el mejor tipo de sociedad imaginable. Tales teorías no aportan nada nuevo, puesto que todo se ha dicho ya...; pero permiten gobernar a los gobernantes. Los Estados no cuentan con el rendimiento de sus esfuerzos para obtener el consentimiento de los pueblos, ya que el arte de gobernar se ha perdido o es de imposible aplicación. Prefieren crear en sus víctimas el sentimiento de una superioridad que se desprende de la misma forma de su Gobierno. La democracia, malea-

ble en todo sentido, es particularmente favorable a este ejercicio; encajonada entre el concepto de libertad y el de justicia social, que se aplican cada vez menos, porque no hay medida que los determine, la «verdadera democracia» toma significaciones antitéticas cuando se desplaza de Norte a Sur o de Oriente a Occidente. En realidad, el conflicto insoluble de lo «formal» y de lo «real» no ha sido resuelto por la guerra. La existencia de la Rusia soviética ha renovado una «guerra» que no ha terminado con la destrucción de los fascismos. Cada teoría se presenta, por otra parte, como una práctica sometida a las leyes del poder. Salvo en los casos en que no representa nada, o no recubre alguna fuerza, es una máscara: la máscara de un determinado tipo de fuerza. Por otra parte, impide que se la juzgue por sus resultados actuales: la teoría americana de la democracia invoca el curso de la historia, y el «diablo» comunista sucede al «diablo» nazi para justificar un sistema que no libera ciertamente al mundo del hambre ni del miedo. Sin embargo, la teoría soviética de la democracia apela a las necesidades de la defensa contra un cerco capitalista para explicar la dictadura, el terror o la miseria en que sume a una parte de Europa.

Una dialéctica sin término sustituye al antiguo juicio histórico y político. Se nos prohíbe juzgar del estado de una experiencia cualquiera, porque el fin es menos visible que los medios destinados a desaparecer. Ahora bien: jamás la justificación de los medios por el fin ha estado tan extendida como hoy día. Incluso se ha visto recientemente a un filósofo justificar la tortura política por la humanidad del porvenir y definir la «traición» en función de la victoria militar: los «traidores» son aquellos que estaban situados en el bando que perdió. Pero su honor personal no se encuentra implicado en esta calificación, que no expresa más que el juego brutal de la historia...; por otra parte, «no existe el honor personal». Es cierto que para un Merleau-Ponty, por ejemplo, esta dialéctica del fin y los medios actúa sólo en una dirección, ya que este escritor no pone en duda la victoria del proletariado y el advenimiento del hombre, según Marx. ¿Cuándo? No lo sabe. El antiguo cinismo que juzgaba a los medios según los fines, tenía

por lo menos figura humana. Los fines que excusaban todo, tenían un cierto sentido en la vida de un hombre. En el, llamémosle sistema, de M. Merleau-Ponty es la idea del hombre liberado, en un porvenir indeterminado, lo que justifica todos los abusos de poder, todas las tiranías, todos los asesinatos en masa. Un partido o un Estado depositarios de este porvenir puede libremente, y con la aprobación de los intelectuales, aniquilar todas las reglas de la civilización y desafiar las leyes inmanentes. Hay aquí una «alienación» que se explica por la pérdida de toda medida del presente histórico. Con M. Merleau-Ponty no estamos lejos del Chigalev de Dostoievsky: «la libertad ilimitada (para mañana) por el despotismo ilimitado (para ahora y durante un tiempo indeterminado)».

* * *

Así, los «políticos» proclaman una especie de juicio de Dios sobre la historia (Dios es la victoria que termina con el desarrollo histórico). Los «moralistas» pronuncian su excomunión contra esta práctica en el nombre de «principios» que no tienen ni la fuerza espiritual de poner en relación con la realidad humana ni la fuerza material de hacerlos respetar por quienes los desprecian. Los «hipócritas», por fin, obran como los políticos, pero proclaman que su acción, como suya, está conforme con los principios universales de la ética. De día en día, cada vez son más numerosos los hombres que se encuentran implicados en la historia como en una aventura ajena a toda realidad. ¿Quién puede afirmar todavía que la democracia y el sufragio universal han hecho a los pueblos dueños de sus propios destinos? Pero sus mismos dirigentes, que se clasifican entre los «políticos» o los «hipócritas», no están menos ajenos, no son menos extraños al desarrollo de la historia. Como en el mito de la política de Platón, nos encontramos en la segunda fase: aquella en que la Providencia Divina ha abandonado el gobierno del planeta; pero no son los recuerdos de las medidas divinas los que guían a aquéllos, que, por un atroz absurdo, es preciso llamar todavía los «dirigentes». En este absurdo y en esta ignorancia, lo

absoluto es reivindicado por los Estados. Se encarcela y se mata como si se estuviera seguro de algo. Por lo menos, los fanatismos del siglo XVI, que indignaban a Montaigne, tenían por objeto a Dios. La ferocidad moderna es vacía y desesperada. Hemos visto en Francia que los reglamentos de los cuentas usurpaban las formas de la justicia, y en el mudo hemos visto juzgar a los generales vencidos en nombre de la moral internacional, como si el juicio de hecho, el juicio de la fuerza y de la victoria no hubiera hecho con anticipación sospechosa e inútil toda parodia jurídica. Únicamente Croce, entre todos los filósofos «liberales», ha osado protestar contra esta desviación de la justicia.

Mi propósito es encontrar una medida y una verdad en un orden en que el hombre escapa más y más al hombre. Esta medida no puede ser más que el hombre, y sobre este punto, el humanismo eterno, al que se refieren los «moralistas» más honrados, como Albert Camus, no yerran más que cuando rechazan la política, en lugar de asimilarla y transformarla. ¿Pero de qué hombre se trata? ¿Del hombre solo, asombrado ante lo que le rodea cuando se despierta repentinamente por la noche? Este hombre de la soledad, aislado ante Dios o ante la ausencia de Dios, resume toda su vida en un punto, reniega de los éxitos o de las pequeñas felicidades cotidianas, condena su existencia antes que juzgarla. ¿Cómo encontrará en sí mismo los caminos o puentes que le unen al mundo? La angustia no tiene solución, y este sentimiento, incluso cuando el hombre se enfrenta con Dios, no puede ser mantenido durante mucho tiempo, porque el fin del mundo no va a ocurrir inmediatamente. Es necesaria una mediación que haga pasar a esta soledad a la historia, y esta mediación es la comunidad viviente, transformada sin cesar, que es la Iglesia. Pero la Iglesia sabe que la preocupación del hombre solo no está nunca completamente dormida, ya que puede siempre y en todo caso ser despertada: «No preguntes por quién suena la campana. Suena por tí». Es preciso, pues, que la Iglesia reconozca un orden del mundo, una «forma terrestre», no por espíritu de compromiso, sino porque hay una parte en el hombre (que la Iglesia funda y consagra al consentir-

la), que se le escapa. Y debe escapársele para que la presencia terrestre del hombre tenga un sentido y para que no tenga necesidad de asumir positivamente esas formas concretas y múltiples que ella no puede determinar. La Iglesia mantiene únicamente un poder negativo, exactamente un poder de interdicción, allí donde el hombre arriesga su perdición en sus creaciones, puede enajenar su parte eterna y hacer imposible su relación con Dios. Esta autonomía de la política, cuando está conforme a esta idea, en relación con la Iglesia y con la fe, se encuentra perfectamente expresada en el «sacramento» más ambiguo de la antigua Francia: la consagración del Rey en Reims. El Rey recibía su soberanía y su independencia con respecto del que lo consagraba. La Iglesia reconocía la imposibilidad de deducir una conducta política de principios teológicos. Pero imponía al mismo tiempo al Rey ese principio regular de que no pudiera obrar contra el Decálogo o contra las leyes no escritas. Tal era la ambigüedad de la función real, que explica, por otra parte, ciertas dudas y ciertos fracasos de la Monarquía francesa: hubo un momento, en efecto, en que la Europa cristiana no existía, en que la idea de una política determinada positivamente por principios no religiosos, pero negativamente limitada por esos principios, no podía ser concebida más que por las conciencias escrupulosas, como la de Luis XVI. Para no fracasar en la historia era preciso renegar de las leyes no escritas. Un Bonaparte podía hacerlo. Luis XVI no podía.

* * *

Así, pues, el hombre, en general, no puede darnos una respuesta a nuestra pregunta: ¿Cuál es el tipo de hombre que debe medir el juicio político? Aquí se ve que es necesario un trabajo de análisis, comparable al de Kant, para una comprensión general del entendimiento político. Es cierto que para Kant el juicio político es un juicio reflexivo como cualquier otro (como el juicio estético, por ejemplo), que su principio no podía ser otro que la finalidad subjetiva. Ahora bien: yo creo que existe un privilegio

del juicio político que permite darle un fundamento real y una evidencia tan grande como la de la percepción. Este privilegio es que hace a la política tan interesante para el filósofo, porque el hecho, que es su fundamento, cuando se reconoce, permite al espíritu más sencillo medir su conocimiento y su ignorancia: la política es hoy el dominio de la mayéutica. El esclavo de Menon descubre las verdades geométricas, sin que Sócrates recurra a otra cosa más que a unas figuras inmediatamente dibujadas. Pero el esclavo moderno de las propagandas y de los partidos, cuando se le disuade de razonar o de opinar según principios extraños a la realidad política, cuando se le conduce al principio original y propio de la política, descubre las evidencias que están ocultas para los «moralistas» y para los «hipócritas».

Ya he indicado cuál es este principio y cómo se encuentra en la unión de la universalidad y de la singularidad empírica: el hombre nace en una comunidad que no ha elegido. Este acontecimiento, contingente y relativo, constituye para él un compromiso necesario y absoluto. Es decir, es solamente un análisis abstracto, externo a la situación del hombre nacido en una ciudad, lo que presenta este hecho como contingente y relativo. Este análisis «generalizador», que yace en el fondo de los «pacifismos» y los «internacionalismos» tiene muy poco poder en las circunstancias graves. La historia ya lo ha juzgado y condenado: jamás las comunidades políticas han sido tan fuertes, absolutas y exigentes que en este tiempo actual, en que se habla sin cesar del «Gobierno mundial». Nunca el hecho «nación» se ha impuesto más por sobre el hecho «clase». Una revolución internacionalista y derrotista en su principio se ha transformado en imperialismo autoritario, y una de las primeras gestiones de la ONU (que debía escapar, gracias a la experiencia, a los defectos de la antigua Sociedad de Naciones), ha tenido un resultado cómico: un pequeño país, como Albania, ha prohibido pura y simplemente la entrada en su territorio a la Comisión de Investigación, investida con toda la fuerza jurídica internacional... Pero este análisis, que denuncia como contingente y escandalosa la pertenencia a una comunidad histórica



particular, y que es desmentido por los hechos, no nos puede explicar el prestigio intelectual que todavía conserva un cierto internacionalismo. Pero la relatividad, la contingencia de la relación del hombre con su ciudad es una verdad, si consideramos al hombre solo ante Dios, al hombre religioso. La fuerza y la paradoja de esta relación residen precisamente en que en ella puede existir un absoluto de ese relativo, un absoluto que consagra la Iglesia cuando ordena dar al César lo que es del César. Hemos visto cómo este absoluto del relativo ha podido ser invocado para liquidar al adversario por los que habían negado constantemente su existencia: la traición no es ciertamente un concepto de razón abstracta. No tiene en cuenta las voluntades y las opiniones, por muy fundadas que ellas sean. Hay traición cuando un hombre rehusa lo absoluto de la relación con la ciudad que es la suya, o sea cuando se coloca «au-dessus de la mêlée», o cuando se pone al servicio de una comunidad enemiga. Sean cuales fueren los progresos de la conciencia y de la dulcificación de las penas, no se ve cómo las comunidades terrestres podrían renunciar a castigar la traición con la pena de muerte. El hecho de que doctrinarios de la clase contra la nación y marxistas decididos utilicen la energía del sentimiento de traición prueba la fuerza del hecho primario sobre el que fundamentamos nuestra política. Es posible, por otra parte, que los dirigentes que han cubierto esta operación comunista de liquidación del adversario, bajo el pretexto de la «traición», tengan una inmensa responsabilidad: una mayéutica experimental era posible en el momento de la liberación: cuando los marxistas invocaban un sentimiento rebelde a toda ideología extraña a la voluntad y a la preferencia, era posible hacerlos prisioneros de ese absoluto que ellos mismos invocaban, denunciar su impostura, desenmascarar su falso nacionalismo que les daba parte de su influencia. Los cómplices de la impostura, a pesar de todas las razones que expondremos, están poco calificados para despertar al pueblo francés a la conciencia de las verdades que ellos mismos han ayudado a enmascarar.

* * *

Existe para el hombre un «presente» histórico, fundado en el análisis y que ninguna dialéctica puede reducir. Pero, a pesar de ello, del mismo modo que existe una dialéctica inevitable de la razón especulativa que testimonia una «enfermedad inmortal» en el hombre, así la dialéctica política (que también se puede llamar una sofística) se encarniza sin cesar con ese presente. Es preciso reabsorberlo a cualquier precio. En Francia, la dialéctica es utilizada por la retórica parlamentaria. Es exactamente un arte de la diversión. Nuestros oradores no son, como bajo la tercera República, tan acertados que nos olvidemos de ellos; así, el Sócrates de Menexeno; o de que nos creamos transportados a las islas de los bienaventurados. La realidad es ciertamente más lacerante: un abogado de secano, presidiendo el Gobierno de Francia, puede declarar que el pan de maíz es una delicadeza, mientras que los oradores marxistas hacen el elogio del pan negro de la independencia —no se cree ni a los unos ni a los otros—. Hay un presente.

Para la misma dialéctica tiene dos formas diferentes y opuestas. Los unos niegan el presente, a que los hombres se adhieren, y que no es el mismo para todas las comunidades históricas, reduciéndolo a «instantes» del mundo objetivamente determinables. El hombre se convierte en el sujeto económico, y gobernar consiste en valuar el instante inmediato para prever el instante proyecto. No hay espesor, no hay historia: valudad vuestras necesidades, ponedlas de acuerdo con las de la humanidad y no careceréis de felicidad. Esta ruina del presente de los demás no impide ciertamente al americano medio (y al Estado americano) tener conciencia del espesor de su propio presente; espesor que no se basa sólo en la técnica, y que es el fundamento de su pretensión natural a dirigir los asuntos mundiales.

Los otros, ya lo hemos visto a propósito de Calliclés «marxista», hacen desaparecer el presente por medio de una profecía intemporal, análoga en su forma a las profecías milenaristas. Debe llegar un momento a partir del cual el tiempo no existirá... en el sentido en que el tiempo es la historia de los conflictos de clase.

Entre tanto, todo está permitido para asegurar el triunfo de los «creyentes». Todo lo que pueda proporcionarnos una medida, estabilizar el presente, debe ser combatido por todos los medios. Es cierto que aquí todavía lo real se venga de la dialéctica, que se nos revela como hipocresía e impostura: un Estado tiene cuando menos el derecho a defenderse, en el presente, del hecho más «progresista», y la conducta de nuestros marxistas encuentra explicaciones concretas, sin que baste para determinarla la profecía de un fin de la alienación humana, y encuentra también su orientación en las voluntades de una comunidad perfectamente presente y particular.

* * *

Del mismo modo que el fundamento de una verdad y de los juicios sintéticos *a priori*, es, según Kant, una forma ambigua, el del espacio y el tiempo, que es a la vez idea, determinación y campo de determinaciones, lo mismo que el fundamento de la política, que determina un presente y un horizonte, participan de una doble naturaleza. Por una parte, este fundamento es homogéneo con la particularidad del hombre, con su calidad finita, con todo lo que la hace imprevisible y abigarrada. Por otra parte, por él, todos los contenidos particulares se transforman, se convierten en valores más directamente sensibles que todos los preceptos abstractos..., y ello porque expresa una vocación original del hombre y su necesidad de perfeccionarse en una ciudad, en una comunidad finita. Esta provincia, o esta nación, son las mías; yo no las he elegido; pero ese hecho no puede compararse a la presencia, aquí o allí, de una piedra o de un árbol. La historia refuta el pesimismo heideggeriano, y por ella el hombre no es «lanzado al mundo», sino que en él se reconoce y reencuentra su sentido por el cuidado que dispensa a los jardines, a las estaciones del año y a las ciudades mortales.

«Un sendero me conduce hacia la vida humana», dice Hölderlin. La historia no se reduce ni a la naturaleza física ni a los principios universales reconocidos en la soledad. En realidad, no exis-

te más que en tanto en cuanto toma profundidad en un sentimiento. El conjunto de estos sentimientos es lo que constituye el dominio político propiamente dicho, el horizonte presente del hombre. La pasión los turba, los destruye. Estos sentimientos pueden empobrecerse cuando el Estado se arroga como misión arrancarlos de los corazones y reducir al hombre a una razón abstracta, que no es más que la preocupación teológica del degradado. Pero siempre queda bastante, en una comunidad antigua como la nuestra, para que este despertar sea posible y para que un renacimiento histórico transmita su sentido a la vocación terrestre, a lo que en el hombre es mortal, pero no debe perderse.

* * *

Nuestro análisis permite distinguir fácilmente «el nacionalismo», que coincide con la conciencia de la finalidad histórica del hombre, de una concepción como la del idealismo fichteano en la expresión que le dieron los «Discursos a la nación alemana». Este extraño exceso de la naturaleza, que quiere hacer coincidir la naturaleza humana con la de Alemania, que pasa de un golpe (por medio de un juego de palabras: alemán-alle man) de la singularidad histórica a la universalidad, es completamente extraño al nacionalismo francés. Los contenidos singulares de las civilizaciones y de las naciones son irreducibles, y nadie puede pretender agotar la condición humana. No intentamos nosotros, basándonos en esta pretensión, medir nuestro amor por la ciudad en la que nos fué dado nacer. «Porque es ella, porque somos nosotros»: tal es la justificación que queremos dar. El mismo contenido se encuentra penetrado de esta ternura, y tenemos muchas cosas que decir, como Ulises en su isla de cabras, sobre el lugar de nuestro país en el mundo y en la historia. Esta «idea de Francia», de la que Charles Maurras no terminó su proyecto de diseñar su perfil, según lamentaba Albert Thibaudet, no sería otra cosa que el recuerdo de perfecciones inesperadas que pueden alcanzar realidades finitas. Esto no quiere decir, sin embargo, que ser francés sea ser

hombre. Pero todo hombre puede perfeccionarse (no como espíritu, sino justamente como hombre), sea cual sea su comunidad, si no falsea los sentimientos que le han sido concedidos, si conoce la dulce ambigüedad de una condición que no tiene parecido con ninguna otra, y cuya preferencia expresa, sin embargo, una ley original de su naturaleza, sin posibilidad de elección.

Antes de juzgar las formas de gobierno y las teorías políticas sobre la felicidad material que procuran a los hombres, necesitamos preguntarnos repetidas veces si tal experiencia, tal forma de democracia o de dictadura no destruye la misma esencia de la vida política, no hace inútil nuestra presencia terrestre. Antes de ser buena o mala, una sociedad debe hacer posible, desde luego, la perfección política del hombre. Debe reconocer lo que es al principio de su existencia y no equivocarse sobre su origen. Las leyes eternas que Antígona prefiere a la vida se ve que son leyes de piedad, que tienen una relación con el amor, que no juzga entre los hermanos según normas extrañas a la fraternidad esencial. Así, pues, una sociedad, si quiere tener en ella respeto a las interdicciones universales, debe fundamentarse positivamente sobre lo que es de su misma naturaleza y justificar la devoción y la pertenencia de sus miembros. Y esto se consigue, no por la voluntad ni por la opinión, sino por «el nacimiento».





LA PINTURA DE ISMAEL BLAT

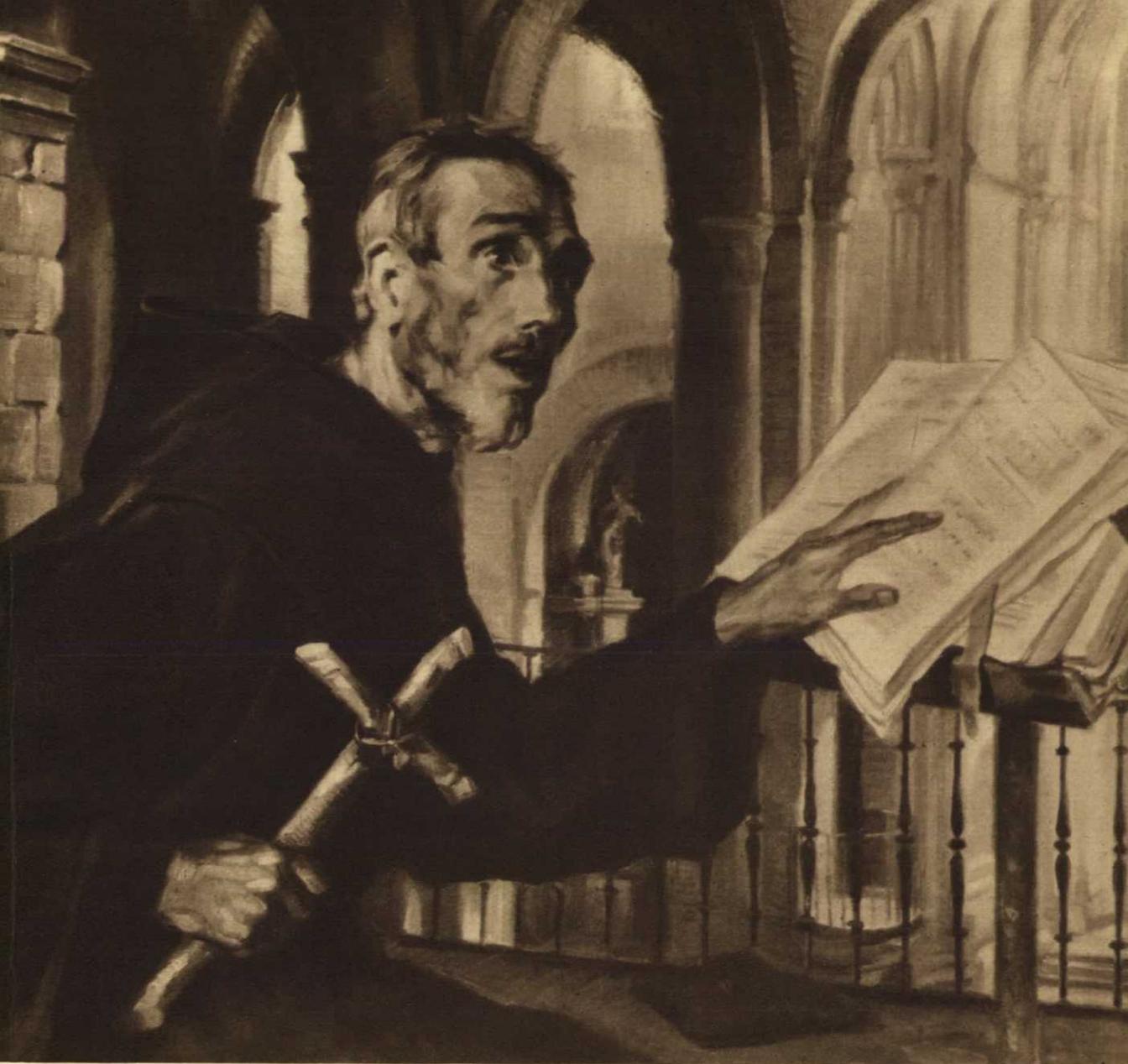
por el MARQUES
DE LOZOYA
DIRECTOR GENERAL DE BELLAS ARTES

HACE ya muchos años —casi un cuarto de siglo— que, por primera vez, pude enfrentarme con una obra de Ismael Blat. El era casi un niño, becario del Colegio del Patriarca, en Burjasot, y yo, un catedrático recién llegado a la Universidad de Valencia. En el salón del castillo medieval en que está instalado el Colegio, a la suave luz filtrada por los pinos seculares del parque, vi un gran retrato del Arzobispo Reig, revestido de la púrpura cardenalicia. Aunque en este retrato no faltasen, ciertamente, inexperiencias juveniles, me sorprendieron en él dos cualidades: la solidez del dibujo y la calidad de la pintu-

ra, en la cual ya había aciertos extraordinarios, como el almohadón de raso blanco en que el prelado apoyaba el pie. Después he seguido paso a paso la labor del artista, y apenas ninguna de sus exposiciones han transcurrido sin mi comentario. Ahora, al cabo de tantos años, me doy cuenta de la singularidad del caso del pintor de Benimamet. Una progresión constante, un avance siempre sensible hacia un ideal de perfección, pero sin desviarse nunca de las líneas fundamentales que el pintor se trazó desde el principio. La obra actual del artista no es ya la riquísima floración del germen que estaba en el retrato del Cardenal que vi hace muchos años en el castillo de Burjasot.

Si algún poeta joven o algún pintor se acercan a mí en demanda de consejo, preconizo siempre la sinceridad. Solamente manteniéndose leal a sí mismo, sin concesiones a efímeras modas artísticas que pronto fatigan, ni a extravagancias llamativas condenadas al olvido, puede un artista enriquecer en algo, poco o mucho, el tesoro de la Humanidad. De lo fecundo de esta posición sincera es Blat el mejor ejemplo. Indiferente a los aplausos de la crítica o a los desvíos de los cenáculos artísticos, ha seguido su camino con plena dignidad. En su obra ha recogido toda la tradición hispánica y, principalmente, la tradición valenciana de realismo y de luminosidad. Nadie como él en distinguir certeramente la buena pintura y nadie en trabajar con tal honradez para llevar a sus lienzos la síntesis de los buenos pintores que en el mundo han sido. Tradición sin plagio; pintura que es de su momento, pero que recoge una experiencia muchas veces secular.

Esta honradez, a veces un poco ruda de su carácter, se advierte sobre todo en el retrato. Es éste el género en que el



Ismael Blat

Locura de amor divino.



Ismael Blat

Sra. de D. Pablo Garnica Mansi.

artista es menos libre. Una red de prejuicios sociales le envuelve desde que plantea su obra y va modificando el rumbo del cuadro, que casi nunca es lo que quiere el pintor, sino lo que quiere el modelo, que suele ser cosa muy distinta. Solamente Blat conserva ante el retratado —sea cual fuere su condición social— libertad y señorío. Ismael Blat —hemos escrito en otra ocasión— se sitúa frente a su personaje con la misma desenvoltura con que pudiera hacerlo frente a un modelo mercenario. El es quien manda siempre. Durante horas y horas sus ojuelos escrutadores intentan apoderarse del secreto de su personaje, de aquel impulso oculto —a veces cuidadosamente celado— que es el guión y el móvil de cada vida humana. Cuando ha logrado captarlo, el retrato está hecho. Y ese «algo» indescriptible se reflejará, no solamente en el brillo de las pupilas o en el gesto de los labios, sino en cada una de las líneas que delimitan el torso o en el ademán sutil de la mano, que cae lánguidamente o se aferra en una contracción nerviosa. El retratado es entonces, al mirarse en ese espejo inmóvil que es el lienzo, no lo que él quisiera aparecer, ni siquiera lo que aparece a la vista de todos, sino lo que es en realidad; es una realidad muy honda que solamente un observador sagaz y experto puede desentrañar.

En la obra de Blat predomina, sobre todo, el tema humano. Parece como si solamente le interesase cuanto con el hombre se relaciona. Tipos de Galicia, de Valencia, de Salamanca y de Ibiza, con fuerte caracterización racial. Naturalezas primitivas, de pasiones simples y violentas, con indumentos castizos, sin arrequives anecdóticos. El pintor se interesa, sobre todo, por los ancianos, en cuyas deformaciones y rugosidades se complace su virtuosismo de dibujante. Gran

colorista, sabe ver figuras y armonía de color en los rostros atezados de los tipos campesinos y en las telas de sus ropas. A veces se complace en contrastar con la ancianidad la frescura candorosa de alguna jovencita o algún niño. Cuando pinta paisaje, es paisaje cargado de humanidad: la plaza o las callejas de La Alberca, en las cuales las casas avanzan, unas sobre otras, en desdibujos inverosímiles, o las rúas de Compostela, con la melancolía punzante de su ambiente, en que el cielo gris se refleja en los charcos, entre las losas de granito.

En cada exposición de Blat se advierte un avance en el sentido de espiritualizar su obra, de poner más en ella de su propia sensibilidad. Sus retratos son más elegantes y expresivos; sus cuadros de género, más intensos de su llamado dramatismo; sus paisajes, más finos de color. Pero el nexo que en la obra del artista une el presente con el pasado es el ansia, casi dolorosa, de apurar la calidad pictórica, de ser, antes que nada, pintor a la manera sencilla y heroica de los grandes maestros españoles de todos los tiempos.



LA OBRA
DEL
ESPIRITU

CERVANTES Y SU CENTENARIO

NUEVAMENTE se reúnen en España, para completar el programa conmemorativo del IV Centenario de Cervantes, que se inició, como se sabe, en septiembre del año pasado, los hombres más representativos de la comunidad hispánica, con la cooperación decidida y entusiasta de otros que, venidos de lueños tierras, de habla distinta, se proponen poner otra vez sobre el tapete, prosiguiendo sus tareas fecundas, no sólo rendir homenaje al Príncipe de los Ingenios españoles, sino, de paso, y como fruto de una meditación y acicate para futuras empresas cultas, dilucidar ingentes problemas de orden lingüístico de alcance universal.

Nadie como nuestro Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, iniciador y propulsor de estas fiestas conmemorativas, ha podido proclamar con más elocuencia y enjundia el alcance de estos repetidos concilios. «Se han iniciado estos días —dijo en su discurso de clausura de la primera parte de la Asamblea Cervantina de la Lengua— claros problemas en torno a la lengua y a la literatura hispánicas. Problemas aún no resueltos, y cuyo plan-

teamiento lanzamos al mundo de la hispanidad, como un mensaje de trabajo espiritual, de actividad gozosa, de tarea noble y desinteresada, que significa labor de paz y de confraternidad por el vínculo de la cultura. En una palabra: queremos —por medio de estas reuniones, que volverán a repetirse en el próximo mes de abril, y por el esfuerzo de todos los que quieran asociarse en ese plazo de tiempo a las deliberaciones de la Asamblea, abierta hasta esa fecha— descifrar, pulsar y enderezar, todo lo prácticamente que sea posible, cuanto de cerca o de lejos atañe a la hispanidad en el orden de los problemas entrañables de la lengua.»

Llegado, pues, abril, la Asamblea Cervantina de la Lengua prosigue el complemento de su programa. No se trata, en realidad, de un torneo filológico más o menos, sino de alentar y recobrar lo que se guarda tras ese torneo, donde la ciencia del hombre, a través de los siglos, ha querido conservar, como una esencia en su tarro transparente, los valores permanentes del espíritu. Oigamos al propio Sr. Ibáñez Martín la discriminación de ese simbolismo: «En este sentido, permitidme, señores —ha dicho—, que la valoración de esta Asamblea sea para mí, no sólo un hallazgo, acuerdo o convenio de problemas lingüísticos en su más estricta significación, sino una ratificación espiritual de que el idioma une también nuestros corazones y nos da la conciencia de una solidaridad en la manera y en el estilo de comprender y cumplir la vida humana. Porque la comunidad lingüística hispánica, o no es otra cosa que vana palabra, o tiene una grave responsabilidad en la hora siniestra del mundo. Le incumbe mantener enhiesto el baluarte del espíritu ante la quiebra de los valores morales; le compete defender con brío la amenazada civilización cristiana, de la que fué y es ella el mejor portavoz; le atañe, en suma, sostener, con la pureza del idioma de Cervantes, todo lo demás de Cervantes: el sentido de la justicia, del amor y del ideal; es decir, el quijotismo.» Y para que la intención se marcara con toda su íntima trascendencia agregó: «Y no me refiero sólo, con estas palabras, a los pueblos de América, porque en este punto es obvio advertir que España es América, de la misma manera que Amé-

rica es España, y en que perdure esta fusión, esta identidad de analogías, ha de estribar uno de los más genuinos méritos de la Asamblea que conmemoramos. Me refiero también a los pueblos de Europa, en el instante adverso en que se resquebraja el prestigio de la cultura de Occidente. Cervantes, encarnando el alma de España, está de cara a los dos puntos cardinales de la historia de la civilización. Porque si su idioma y el espíritu de su obra se reflejan en el Occidente atlántico, su heroísmo luchó hasta la mutilación contra las fuerzas ciegas de Oriente.»

El segundo curso de la Asamblea Cervantina de la Lengua —tras de la sesión de Alcalá de Henares, donde se ha restaurado la Capilla del Oidor— se llevó a efecto en Sevilla. El día antes, la sesión preparatoria de la Asamblea, en la Residencia de Nuestra Señora del Buen Aire, en Castilleja de Guzmán, dijo bien claro del rumbo y de la alcurnia de estas conmemoraciones. Allí, en Sevilla, dentro del fasto de su ambiente, por el que el propio Cervantes adquirió, viviéndolo entre mil azares fecundos, un sentido cabal y luminoso de la alegría frente a la seca austeridad de la Mancha; allí, repetimos, en el marco ideal de la ciudad marina y cervantista por excelencia, volvieron los asambleístas a ordenar y sistematizar sus trabajos, de indudable interés para la armonía del mundo.

El Subsecretario de Educación Popular, D. Luis Ortiz Muñoz, en representación del Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, inauguró la Feria Nacional del Libro, expresión exacta del sentido cultural que inspira la obra de gobierno del Caudillo. La Exposición, rica en cantidad y en calidad, abrió su polieromo trazado arquitectónico dentro del embrujo del Parque de María Luisa.

En días sucesivos, en los claros que imponían las sesiones de estudio —con el desarrollo de ponencias valiosas, apretadas de exégesis cervantinas—, se efectuaron visitas a los monumentos culturales de Sevilla. Culturales, históricos y artísticos. Más tarde, excursiones a Córdoba —tan ligada por la sangre al Príncipe de los Ingenios—, a Valladolid —tan impregnada de cervantismo—, al Toboso... Aquí, en honor de los asambleístas, hubo diversos ac-



tos de carácter típico —una cena en la Venta de *Don Quijote*— y otros de carácter cultural —la representación por el T. E. U., en la plaza del pueblo, de los entremeses cervantinos "La guarda cuidadosa", "El retablo de las Maravillas" y "Los salvadores"—. Una fiesta, en suma, sugestiva, casi alucinante, donde podía verse y oírse a Cervantes, a través de sus propias creaciones, que un arte dramático inteligente y apasionado hacía realidad y belleza.

En Madrid se inauguró la II Exposición Bibliográfica de las Obras de Cervantes —con ejemplares curiosísimos—, instalada en la Biblioteca Nacional, con asistencia del Ministro, Sr. Ibáñez Martín, que pronunció unas fervorosas palabras acerca del acto trascendental. También habló el ilustre cervantista D. Juan Sedó, que puso de relieve, con profundo conocimiento, la importancia de la Exposición.

Mientras, importa decirlo, no cesaban las sesiones de estudio en la capital de España, con intervención de descollantes figuras de la intelectualidad internacional.

También se inauguró —se alternaba la orientación futura con la obra lograda— la Exposición Bibliográfica de Escritores Militares, como homenaje del Ejército al más glorioso de sus soldados en el mundo de las letras; se visitó el Museo de Arte Moderno, y un día la Asamblea asistió a unas solemnes honras fúnebres, en honor de Cervantes, en San Francisco el Grande, y al responso en el Convento de las Madres Trinitarias.

Hubo más aún. Hubo la inauguración del Instituto «Miguel de Cervantes», de Filología Hispánica, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en cuyo salón de actos se congregaron con tal motivo el Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín —que presidió—, acompañado del Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo Garay; del Nuncio de Su Santidad, Monseñor Cícognani; del Subsecretario de Educación Nacional, Sr. Rubio; del Presidente de la Real Academia, Sr. Menéndez Pidal; del académico mejicano D. Nemesio García Naranjo y de infinidad de personalidades, representativas de todas las actividades del pensamiento universal.



Campo Criptana.
Molino.

Pozo Manchego.





El Toboso.

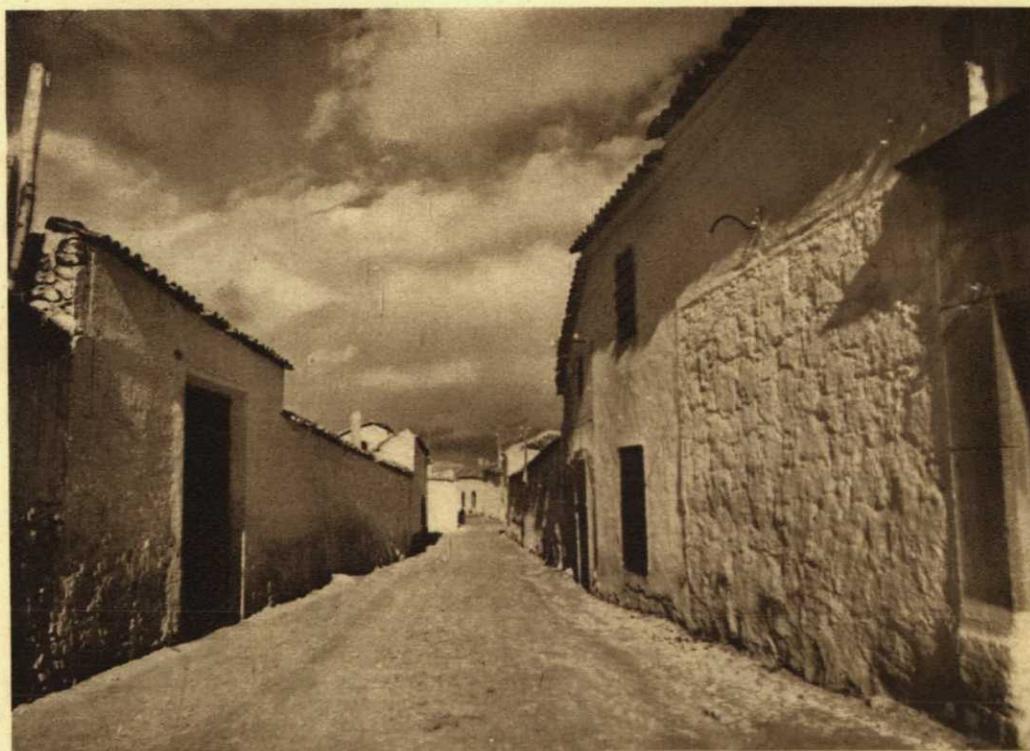


Argamasilla. Interior de una venta.





Campo Criptana.



El Toboso. Una calle.

Abrió la sesión el Ministro, Sr. Ibáñez Martín, y hablaron éste y el Secretario perpetuo de la Real Academia, D. Julio Casares, y, finalmente, el Director del Instituto de Alta Cultura de Portugal, Sr. Cordeiro Ramos.

El Sr. Ibáñez Martín pronunció un bello y documentado discurso. En primer lugar exaltó la personalidad del célebre escritor italiano Farinelli, recientemente fallecido en su patria y uno de los más sólidos prestigios de la Asamblea, a cuyo segundo curso le impidió acudir la enfermedad que ha segado su vida estudiosa y sabia, y pidió a todos los reunidos se dirigiera un telegrama de condolencia a la familia del finado. Y agregó: «Con los actos que se están llevando a cabo, y en el que han intervenido los señores Casares y Cordeiro Ramos, se llega al punto culminante de este ejemplar centenario cervantino.» Hizo un elogio del Sr. Cordeiro Ramos, embajador intelectual de Portugal, de ese pueblo tan hermanado material y espiritualmente con España, y aludió seguidamente a la resonancia sentimental y práctica que este IV Centenario de Cervantes ha tenido para el mundo, ya que ha puesto de relieve la preocupación activa de nuestra Patria por la cultura. Resaltó cómo las proposiciones de la Asamblea se han visto hechas realidad por el Gobierno de Franco pocos días después de haber sido formuladas por la Asamblea, sin olvidar —agregó— «el afán cervantista de los asambleístas, que les ha llevado por todos los rincones de España, permitiéndoles comprobar, de modo directo, la paz y el bienestar y, parejamente, la inquietud de perfección espiritual que siente la nación, únicas fórmulas de conseguir la verdadera paz, que no puede ser otra que la paz de Cristo».

Y, como colofón de las tareas cervantinas, en el salón de actos de la Real Academia Española se celebró la sesión de clausura de la Asamblea. El maestro de la Filología hispánica, D. Ramón Menéndez Pidal, disertó acerca de «Cervantes y el ideal caballeresco». Una lección de síntesis armoniosa en torno a los valores eternos —en ideas y en ideales— del peregrino autor de *Don Quijote*. Antes de iniciar su oración, el Sr Menéndez Pidal dedicó un emocionante recuerdo a la gran figura de las letras italianas Arturo



Farinelli. Y en seguida, el tema elegido. Expuso los juicios y comentarios que en todos los tiempos había suscitado el *Quijote* en las múltiples facetas en que brilla su universalidad, afirmando que, como toda obra de mérito, ha sido apreciada muy opuestamente por autores extranjeros. De un lado, Byron y ciertos historiadores franceses, que vieron en el *Quijote* el más genial libro decadente y de efectos desalentadores, aunque una gran mayoría de criterios afirmativos permiten concluir que el libro impar se halla muy lejos de producir efectos deprimentes, sino que, por el contrario, es un alto símbolo de humanidad que ha ganado carta de naturaleza en todas las literaturas del universo, «con universalidad tan vívida y pintoresca, que —como dijo Schelling— el Ingenioso Hidalgo es personaje mitológico en todo el ámbito del mundo civilizado». «Cervantes —terminó diciendo el Sr. Menéndez Pidal—, creador de este profundo símbolo, bien puede, en su perdurable imperio literario, recibir, mejor que aquel feliz y efímero emperador del mundo, el venturoso calificativo de «amor y delicia del género humano».

Hablaron a continuación, sir Henry Thomas para saludar a los reunidos en nombre de la Academia Británica, adherida al homenaje a Cervantes, y el Sr. García Naranjo, que hizo constar su honda emoción por hallarse entre los españoles y en estas cordiales y ennoblecedoras tareas de exaltar la gloria del inmortal autor del *Quijote*.

El Sr. Ibáñez Martín declaró clausurada, en nombre de Franco, la Asamblea Cervantina de la Lengua Española.

Nadie, así a la ligera, puede desentrañar el alcance de la obra realizada. De la obra realizada y de la que, para un futuro próximo, habrá de ganar realidad. Porque no es sólo lo que se recoge, sino lo que se siembra. Y ésta es una manera indeclinable de establecer la coordinación y la unidad en la obra cultural de un Gobierno. Y sobre todo la continuidad, la «santa continuidad», de que habló un día Eugenio d'Ors. Cuando la Junta publique la crónica del Centenario se verá, con dato cierto, la importancia de una conmemoración que, como ésta, no ha sido sólo estudio,

crítica y exégesis, donde el pensamiento adquiere su carga de sabiduría, sino fruto lozano, jugoso y rico, donde el pensamiento cumple su carga de ambiciones.

Entre las ilustres personalidades cervantistas que vinieron de fuera de España, para tomar parte en las deliberaciones de la Asamblea se cuentan los excelentísimos señores siguientes: William Berrien y T. W. I. Bulcock, Prof. Sir Henry Thomas, de Cambridge; Rafael Calvo, Xavier Salas y Enrique Moreno Báez, de Londres; Alexander Parker, de Aberdeen; Dr. J. Mausous, de Birmingham; Prof. Allison Peers, de Liverpool; B. E. Vidos, Profesor Van Dam, Prof. Van Praag y señora, Prof. Dr. J. H. Terlingen y señora, de Holanda; D. L. Ambruzzi, de Turín; señorita Jeanne Agnés, Chanoine P. Jobit, Aurelio Viñas, Robert Ricard, Lucas Dubreton y señora y Jean Babelon, de París; Profesor Alois Ruckli, Prof. Aebischer y Prof. Arnald Steiger, de Suiza; Pablo Antonio Cuadra, de México; Juan Uribe Echevarria, de Lisboa; Dr. L. B. Walton, de Escocia; Pierre Groult, de Bélgica; Luis Alfonso Ortiz Bilbao, de Ecuador; Oscar Miró Quesada e hija, de Lima; James Schwarzenbachs, de Zurich, y Guillermo Camacho Montoya, de Colombia.

La simple enumeración de estos nombres, de firme abolengo en las actividades de la cultura internacional, revela meridianamente la importancia de la Asamblea Cervantina de la Lengua. Tan es así, que puede vaticinarse, sin temor a yerro, que, andando el tiempo, un día no muy lejano, los pueblos que, sobre las tempestades de la hora actual del mundo, fían sus porvenires respectivos a las conquistas del espíritu, habrán trazado, para su propia alcurnia, inesquivables horizontes de grandeza. En esos horizontes habrá siempre, como un pulso íntimo, el latir de un eco, que no se podrá extinguir, que les habla de España y por España. Y siquiera, una vez más, que sea ésa la honra de nuestro esfuerzo. Saber que dondequiera haya un impulso y un sentimiento de cultura, que es decir de paz laboriosa y prolífica, allí está el recuerdo de nuestra patria como un laurel inmarcesible.

SERGIO NERVA



JULIÁN MARIÁS,
por Escassi.

JULIAN MARIAS, PREMIO FANSTENRATH, DE LA REAL ACADEMIA

DE entre los discípulos de don José Ortega y Gasset en los últimos tiempos de su cátedra y de lo que pudiéramos llamar su seminario de estudios y de preparación que es la «Revista de Occidente», Julián Marías es, sin duda alguna, el que con más austera rigidez y mayor dedicación ha continuado la difícil disciplina filosófica. Ni la brillantez de la creación literaria, ni la comodidad de la entrega a la simple erudición, ni la facilidad de la especulación ensayística de poca monta, tuvieron suficiente atractivo para apartarle—como a tantos otros de sus compañeros y condiscípulos suyos en el orteguismo—del estudio severo y profundo del porqué de la vida y sus problemas.

Con Ortega, otro de sus maestros, Xavier Zubiri, le inculca el gusto y el afán por la filosofía, por el severo y constante trabajo de la razón, que si de más amplia exigencia y de más estrecha vigilancia—de verdadero monje renunciador de muchos caminos en la vida de la creación es la tarea del filósofo—, no es menos grato que los demás en sus resultados, ya que éstos revisten una trascendencia que los otros trabajos no alcanzan. Y ha sido esta en-

trega a la filosofía de Julián Marías, no porque careciera de las cualidades precisas en las otras labores del mundo de las letras, sino por pura vocación; por esa vocación del filósofo nato, que hemos de traducir, necesariamente, como la máxima generosidad y dedicación al hombre, a darle al hombre trillado el sendero por donde pueda encontrar la razón de su existencia y el camino de la verdad.

Porque Julián Marías, en cualquiera de sus libros o de sus trabajos, nos muestra que en el hacer literario tiene, junto a una pluma ágil, una claridad de discurso y una amenidad poco común en su prosa; en el enfoque erudito, un auténtico saber, que no es solamente un haber aprendido, sino un haber digerido y razonado lo que se aprendió hasta constituir eso que llamamos auténtica cultura. Sus fichas, cuando las utiliza, no son frío dato epatante, pedantesca cita, sino comprensión de lo estudiado o leído, sobre lo cual el mismo Marías ha de situar su propio pensamiento después. En cuanto a lo ensayístico, todos sus trabajos realizados en tal sentido, perfectamente planteados, no se cierran como tales ensayos, ni quedan abiertos a todas las posibilidades—que es otra cualidad de ellos—, sino que todos, de una manera sistemática, van a parar a la ruta misma de la filosofía que Julián Marías, si aún no ha encontrado, presiente y trata de encontrar.

A través de su *Miguel de Unamuno*—libro por el que le ha concedido la Real Academia Española el Premio Fanstenrath 1947—puede apreciarse cuanto dejamos dicho de Julián Marías. En él encontramos al filósofo enfrentándose con el torrente creador de don Miguel, fascinado en casi todos los momentos, pero adivinándose un desdén ante el genio maravilloso de Unamuno, porque no sometió su profundidad y profusidad de pensamiento a sistema, porque no disciplinó—con la rígida disciplina del filósofo—esos magníficos instantes de clarividencia, esos espléndidos hallazgos que en muchos momentos tiene la obra unamuniana.

En su *Miguel de Unamuno* vemos a Julián Marías enfocando la obra del más importante de nuestros hombres del 98 con el desdén del filósofo sistemático, al observar cómo una gran capacidad

filosófica se evade de la filosofía, no se somete a un desenvolvimiento sistemático, disciplinado, y no admira—desde su punto de vista—ese gran turbión creador que es el alma de Unamuno, y que precisamente es lo que le impide canalizar una sola de las fuentes de su inspiración. Poesía, Filosofía, Novela, Teatro, Ensayo, Cuento..., se dan en don Miguel de una manera natural, y, sin embargo, todo arranca del mismo tronco, en cada una de sus cosas la misma preocupación; pero es tal la riqueza temática, tal el aluvión de sus emociones, que no quiere perder una sola de ser expresada, porque una emoción sin expresar, para el espíritu creador, es dejar una angustia posada en el alma para siempre.

Todo esto lo ve muy bien Julián Marías en su libro; pero es precisamente eso, desde su atalaya de filósofo consecuente, lo que encuentra en Unamuno de condenable. Hay momentos en que hasta nos parece que le va a llamar... frívolo.

Y para terminar—esto, que no tenía otra misión que la de ser noticia—, he aquí unos datos biográficos de este joven y gran filósofo que es Julián Marías, que ha obtenido el Premio Fansterrath 1947:

Julián Marías nace en Valladolid en 1914; pero siendo muy niño (1919) llega a Madrid, donde reside y comienza sus estudios. Ingresó en la Facultad de Filosofía de Madrid en 1931, y en ella cursa sus estudios hasta el 1936. Es allí donde conoce a sus maestros Ortega y Zubiri y donde éstos le distinguen entre sus discípulos predilectos. En el año 1935 participa en el crucero Mediterráneo organizado por la Facultad bajo la dirección de su Decano, señor García Morente. En el año 1941 se casa con la escritora Dolores Franco.

Tiene publicadas varias obras: *Historia de la Filosofía* (1941), de la que se han hecho varias ediciones, acabando de salir en el presente año la cuarta; *La filosofía del Padre Gratry* (1914); *Miguel de Unamuno* (1943); *San Anselmo y el insensato, y otros estudios de filosofía* (1944); *Introducción a la Filosofía* (1947), y una antología filosófica, bajo el título *El tema del hombre*. Junto a esta

labor puramente creadora, Julián Marías ha publicado ediciones comentadas de Leibniz, Séneca, Dilthey y Platón, y traducciones de Comte, Lehmann, Scheler, Gratry, Paul Hazard, Sombart, Mar-
coy, Kant y Dilthey.

Varias de estas obras van a ser publicadas en Buenos Aires, y en la actualidad se traduce al portugués su *Historia de la Filosofía*.

EUGENIO MEDIANO FLORES



EXPOSICION DE LIBROS NORTEAMERICANOS EN MADRID

UNOS 500 libros, de origen norteamericano, se exhiben ahora en el edificio central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colocados en diversas mesas y vitrinas, están clasificados por materias y dados a conocer en un catálogo magnífico. Algunos ejemplares ofrecen destacado interés político y científico.

La inauguración de la Exposición revistió caracteres de solemnidad. Ante una concurrencia de más de 200 personas, presididas por el Ministro de Educación Nacional y el Encargado de Negocios de los Estados Unidos, el bibliotecario general del Consejo, D. Amadeo Tortajada, dió a conocer el alcance y significación del acto y afirmó que el Certamen no era una reproducción meramente cuantitativa, fiel y exacta de la totalidad de la producción bibliográfica norteamericana, sino simplemente una selección de las obras publicadas por las imprentas universitarias de los Estados Unidos, y agradeció a

la Embajada norteamericana el que todos los libros de la Exposición constituyan un obsequio para la propia Biblioteca General del Consejo.

A continuación el Ministro encargado de Negocios, mister Culbertson, manifestó que era un gran placer para la Embajada tener la oportunidad de unirse con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la organización de la Exposición que se celebraba; se refirió al catálogo de la Exposición, compuesto por Mr. Driver y Mrs. Cannon, como fuente de información para el conocimiento de la estructura de las imprentas y sus diferentes clases de obras. «Estas imprentas —decía— ocupan un lugar importante en la vida científica, social y cultural norteamericana, y espero que por medio de esta Exposición y sucesivos intercambios culturales, podrá conocerse mejor su labor. Los libros que integran la Exposición —dijo también— se exhibirán en Barcelona y más tarde volverán a Madrid, para ser entregados al Consejo como obsequio de la Embajada.»

Cerró el acto el Ministro de Educación Nacional, quien subrayó que la característica más acentuada de la personalidad española es su propensión vocacional hacia lo universal. «Por eso —dijo—, entre las grandes empresas acometidas por el régimen actual, ninguna de tanta trascendencia como la que se refiere a la cultura.

»Esta Exposición supone una etapa más en el camino de la inteligencia entre los Estados Unidos de América y España. La primera fué la Exposición de revistas, celebrada hace más de dos años; la segunda es esta Exposición de libros. Y yo, Ministro, siento, como presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la mayor de las satisfacciones al

saber que estos libros americanos están instalados en la casa solariega de la investigación española; casa solariega que —para un español que la conozca bien no es preciso aclararlo, pero sí para un extranjero que tanto quiere a España como el señor Ministro de los Estados Unidos— no es otra cosa que la síntesis de la cultura española: la investigación, la Universidad, la labor de aquellos hombres que silenciosamente trabajan un día y otro por la cultura de nuestra Patria. Y que este camino de los libros y del espíritu sirva para mejorar, afirmar y hacer cada día más seguro el entendimiento entre nuestros pueblos.»

Terminó diciendo que para nada merece la pena el esfuerzo sacrificado de todos los pueblos en el campo económico si en la vanguardia y en todas las preocupaciones y afanes de la realidad vivida de cada día no ejercen una preponderancia absoluta los valores espirituales y un auténtico sentido cristiano de la sociedad y del Estado y, en definitiva, un auténtico sentido de hermandad que alcance a todos los pueblos de la tierra.



VENTANA
AL MUNDO

EL SIGLO XIII EN INGLATERRA

P O R J O S E U G Í D O S

PODRÍA aseverarse que, habiendo sido el siglo XIII uno de los más dinámicos en la historia de la cristiandad, así como de los desarrollos iniciales de un período ulterior de progreso en las disciplinas físicas y metafísicas de Europa, sus resonancias en Inglaterra contienen ciertas oscilaciones de intensidad y tono, que han pasado inadvertidas a la generalidad de los investigadores ocupados en los estudios de este período.

Uno de los puntos de referencia más adecuados a este propósito es España. Exceptuando el concepto histórico, altamente significativo para la Europa entera, encarnado en la grandiosa epopeya de siete siglos de duración, consistente en la cruzada heroica e igualada para salvar la civilización cristiana de los tentáculos firmes y vigorosos de la nueva filosofía oriental, que con tan sorprendente rapidez había ganado adeptos desde la Arabia hasta el Atlántico, y en la que España tomó la parte directriz, ganando el título de la salvadora por antonomasia, Inglaterra corre en varios aspectos pareja a España, no meramente en coincidencias cronológicas de sucesos, sino en reacciones y resultados provenientes de

estos sucesos, que tanta repercusión después tuvieron en el desarrollo civilizador de Europa.

Baste citar unos pocos nombres ilustres a guisa de parangón: Roger Bacon y Raimundo Lulio; Edward I y Jaime de Aragón; y dos Universidades gemelas: Cambridge y Salamanca; y dos concepciones jurídicas: Magna Charta y el Fuero Juzgo. Aunque no se registraran más que estas pocas similitudes, bastaría ello solo para hacer de España e Inglaterra un núcleo de radiación común en ese abrirse paso de las tinieblas obscurantistas, que tanto empañaron la atmósfera medieval de Europa, preparándola a un paso seguro y ascensional hacia el progreso y la justicia.

Bien es verdad que Inglaterra careció de un Fernando III y de un Alfonso X—sabiduría y santidad—. Bien es verdad que este período de expansión física y de esfuerzo casi sobrehumano estuvo en España coronado por una efervescencia inigualada en las producciones de mente y estética, de práctico progreso científico, moral y filosófico; bien es verdad que no cuenta con una conmemoración sempiterna de «El Triunfo de la Santa Fe», plasmada en las Navas de Tolosa, merced a cuya hazaña Europa quedó inmune contra la influencia exótica de un nuevo credo civilizador que amenazaba transformar al mundo en un avasallador desencadenamiento de energías insoñadas. Pero aun así, Inglaterra y España complementáanse y asócianse en más de un rasgo del pensamiento europeo que, en aquel período, comenzaba a señalar las normas de un nuevo modo de vida, de un nuevo concepto de la justicia, de un nuevo empleo de los recursos al alcance del hombre, de una nueva ética y hasta de una nueva moral.

Y como si esta coincidencia de alcance fuera poco, existe otra coincidencia cronológica, asaz significativa en esa esfera evasiva del encadenamiento de hechos históricos que se extiende a milenios, y que parecen a primera vista no guardar relaciones entre sí, y que, no obstante, son la clave de acontecimientos presentes en todas las épocas. Esta coincidencia posee, además, carácter precursor, tanto para el siglo XIII como para todos los subsiguientes hasta el día actual, y repitióse, de manera inexorable, en todos los países de

Europa. Y fué Inglaterra la que, en este caso, tomó la parte directriz y la que, con su ejemplo, iba a señalar la pauta de nuevas modalidades éticas, jurídicas y sociales, que otros pueblos con el tiempo adoptarían.

Este hecho trascendental tuvo lugar precisamente cuando se extinguían las luces del siglo XII y la alborada del XIII comenzaba. Ricardo, Corazón de León, fué el protagonista del drama. Su escenario, ubicuo en el área de Inglaterra. Su desenlace, de percusión mundial. Westminster, el foco central. Londres convirtiéndose, como por magia maléfica, en un infierno en el intervalo de unas horas. Stamford, Norwich, Lincoln y, sobre todo, York, ardieron en la más funesta matanza de judíos. Estos representaron su Numancia heroica en York. Ellos escribieron una página de gloria en sus anales; pero ello no los iba a redimir ante el mundo. El chispazo había prendido; la hoguera iba a extenderse—y se extendió—hasta nuestros días. España, Francia, Italia, Alemania, siguieron su ejemplo. Todos los países de Europa se contaminaron. Ni la Magna Charta, ni el Fuero Juzgo, ni las Flores de Filosofía, ni las Siete Partidas, ni la ciencia jurídica entera del mundo, iba a salvarlos de este anatema del alborar del siglo XIII.

Y cuando, siglos más tarde, España actuaba de modo igual, voces justicieras surgieron de todos los rincones de Europa, y sus ecos aún quedan en los libros y tratados de historia; y, merced a los nuevos intereses creados, en el transcurso de este intervalo gestóse la Leyenda Negra, ese monstruo de la maldad humana, esa vasta y grandiosa deformidad histórica, que se amamantó de intrigas y se perpetúa y se nutre de odios raciales.

¿Y por qué Inglaterra se libró de una Leyenda Negra? O ¿fué la Inquisición la que la fraguó? ¿Fué la Magna Charta el antídoto contra la crítica? No. Tanto la Magna Charta como la Inquisición, al menos en nombre institucional, fueron posteriores al hecho inicial y dinámico de persecución de gentes, que con tanto énfasis se anatematiza en el Gran Documento :



*Nullus liber homo capiatur, vel imprisonetur,
aut dissaisiatur, aut utlagetur, aut exuletur, aut
aliquo modo destruat; nec super eum ibimus,
nec super eum mittemus, nisi per legale iudicium
parium suorum, vel per legem terrae.*

La respuesta habrá que buscarla en el mosaico mismo de la Historia, en el enjambre de intereses que van sucediéndose y sobreponiéndose y entrelazándose y afirmándose, hasta constituir el bloque, que en la actualidad ha venido a adoptar un concepto familiar, pero que en los siglos de gestación de la Leyenda Negra no era de acepción popular.

Y alguno de estos historiadores, mecánicos transmisores de la Leyenda Negra, se aventuró a insinuar, con ingenuidad pueril, que algo debiera de haber en el hecho de tener Ricardo como esposa a una princesa española. Pero el alegato tiene mucho de estulticia cuando se estudia la personalidad de Berengaria. Además, el persecutor no fué Ricardo; fué el pueblo, como lo fué también en España.

Y el hecho se complica aún más en contra de los forjadores de la Leyenda Negra cuando se piensa en los móviles de los que animaron y auxiliaron a la expedición de Tarif. ¿No se ha demostrado ya hasta la hartura que Don Julián fué meramente el instrumento de los bien conocidos conspiradores? ¿Y qué hay de extrañar, pues, que conociéndoselos no se los odiara en siglos por venir? ¿No es éste un rasgo profundamente humano?

Pero Inglaterra no tenía esta excusa. Los judíos que convivían con el pueblo al tiempo de las matanzas eran los mercaderes y los doctos. No existían precedentes notables de interferencia en los asuntos de Estado, como fué siempre el caso de España desde Sisebuto hasta Fernando. Por ello, las respuestas a las anteriores preguntas hay que buscarlas entre los sedimentos más posados de la Historia, y no en la superficie. Lo interesante, empero, para el historiador, es que existe parangón.

Mas, aparte de estos hechos, de trascendencia social, existen

otros que hacen atrayente al extranjero el desarrollo del siglo XIII en Inglaterra. Todos los niños de todos los países han leído con fruición las historias, maravillosamente dramatizadas, de Robin Hood y de Little John y sus seguidores. Sherwood Forest es, aún hoy, la Meca imaginativa de la muchachada aventurera del mundo entero. Sus hazañas corresponden también al alborar del siglo; pero su dramatización, así como su difusión, son obra del siglo XIII.

Y el lema: «Dieu et mon Droit», que Ricardo hizo grabar en el escudo real, no constituye un capricho histórico, como tampoco lo fué su adopción de los tres leones, ni la introducción, por primera vez, de los escudos individuales en las Cruzadas. Si bien de menos trascendencia, estos detalles, por nimios que parezcan, contribuyen a dar tono y color y significado a un reinado.

Mas, penetrando de lleno en el siglo XIII, hallamos en el reinado de John (Lackland) las provisiones significativas prohibiendo a los cristianos prestar dinero a interés, lo que entonces recibía el nombre de usura. Stephen Langton, arzobispo de Canterbury, hacía la división de la Biblia en capítulos y en versos. He aquí dos hechos que si bien para alguien sean superficiales, son, como todos los hechos históricos, generadores de otros. La innovación de las chimeneas en las casas tuvo su alcance social también; y el comienzo de la costumbre de hacer los casamientos en la iglesia no deja de tener su interés ético.

Más adelante, en el reinado de Henry III, somos testigos de la consagración de la Magna Charta, en letra y espíritu, con la iniciación formal del Parlamento. He aquí un paso trascendental que ha merecido, merece y merecerá la loa de todo ente liberal, en el estricto sentido de la palabra. Y Roger Bacon, con sus enciclopédicos conocimientos, adelantándose a su tiempo, yérguese ingente con la antorcha del Saber, disipando las tinieblas de la época.

Otros aspectos de este reinado que quizá parezcan insignificantes no lo son: tales como la sustitución de trocitos de madera por velas para el alumbrado, y la de camisas de hilo por las de lana, y el uso de pizarras en los tejados. El hallazgo de carbón en Newcastle tuvo mucha más repercusión. Y Bacon dió al mundo la pól-

vora y el cristal de aumento: dos elementos que habían de revolucionar al mundo. Y de España llegó hasta Inglaterra el método de destilar, que los moros habían importado en la Península. Y la moneda de oro se establece como medio de intercambio y transacción.

Y a fines de siglo presenciamos la introducción de los molinos de viento, de los anteojos y de los espejos, mientras que los cruzados traían el papel del Oriente y Richard Wallingford nos da la primera vislumbre de los relojes sonantes.

La conquista de Gales y la irrupción en Escocia, por grandes hechos que en sí sean, no tienen la fascinación que para el extranjero guardan estos otros hechos, de menor trascendencia temporal, pero de mayor remota repercusión en los asuntos del mundo. Los Plantagenetos escribieron con ellos una página de interés absorbente en la vida de la Inglaterra del siglo XIII.



LA "MORTE D'ARTHUR", DE MALORY

por J. ISAACS

Hasta hace poco tiempo, la edición clásica de la Morte d'Arthur, escrita por Sir Thomas Malory, fué la publicada en 1485 por Caxton. En 1934, Mr. W. F. Oakeshott descubrió un manuscrito de los Romances de Arturo, escrito por Malory, que difería de aquélla. Se calificó como "el descubrimiento literario más sensacional del siglo" y suspendió toda nueva especulación acerca de Malory y su obra hasta su reciente publicación por el profesor Vinaver, de la Universidad de Manchester. El presente artículo examina brevemente la influencia de este paradójico escritor inglés de la Edad Media en las letras inglesas.

LA leyenda de Arturo constituye uno de los principales temas de la poesía romántica inglesa; y para la moderna literatura nacional, a partir de la época isabelina, la fuente principal es la *Morte d'Arthur*, de Malory, impresa por Caxton en 1485.

Spencer debió la inspiración y muchos detalles de su *Fairy Queen* a Malory, y Milton escribió casi toda su epopeya nacional sobre el tema del Rey Arturo de Britania y sus Caballeros de la Tabla Redonda. Incluso en el *Paraíso reconquistado* habló

*De jóvenes hadas halladas en medio de la selva
Por caballeros de Logres o del Leonesado,
Lancelot, Peleas o Pelonoro.*

Rosetti y los prerrafaelistas, William Morris con su *Defence of Guenever*, Swinburne con su *Tristram of Lyonesse*, Matthew Arnald con su *Tristram and Iseult*, y, por encima de todos, Tennyson con sus *Idylls of the King*, son testigos de la influencia que ejerció Malory y de la deuda que contrajeron con él los poetas ingleses.

La leyenda de Arturo fué creada parcialmente en la Gran Bretaña por los escritores anglonormandos, fué elaborada en Francia durante los siglos XII y XIII, y después se extendió a todos los países europeos. En el siglo XIV, durante el cual floreció Chaucer, muchos romances métricos fueron tomados de las leyendas de Arturo. Cada país tomó aquellos temas que se adecuaban más fácilmente a sus necesidades políticas y estéticas. Francia prefirió los amores románticos de Tristán e Iseo; Alemania, las implicaciones alegóricas de *Parsifal* y *Lohengrin*, e Inglaterra tuvo una fascinación especial por la historia de Arturo de Britania y del Santo Graal, que había sido traído al país. Hacia el siglo XV, el material llegó a ser difícil de aquilatar por su volumen y complejidad. Las sencillas historias de Arturo, Lancelote, Tristán y el Santo Graal quedaron enterradas bajo las numerosas continuaciones, modificaciones y nuevas aventuras, siendo imposible para el lector ordinario distinguir el original de las adiciones. Las escasas tentativas hechas para dar cierta forma a aquél fueron tan voluminosas, que cuando Malory acometió la empresa de extractarlas, el material disponible abultaba diez veces más que su obra terminada.

La publicación de Malory hecha por Caxton fué una obra inspirada y feliz para la literatura inglesa, y nació tanto de los problemas de la época como de la necesidad especial sentida por Caxton. El siglo XV tuvo un carácter de transición. En el continente europeo fueron años de apogeo del humanismo, y en Inglaterra, de guerras civiles y cambios sociales. Los cronistas contemporáneos

hablan de una aristocracia orgullosa, sensual, corrompida y brutal, y de los sacrilegios, robos, violaciones y asesinatos cometidos por nobles y caballeros. Caxton estaba obsesionado por el declive de la caballería y concibió el doble propósito de vender sus libros y orientar a sus lectores, por medio de un tipo de literatura entretenida, hacia las doctrinas que creía de mayor valor para ellos. Hizo traducir *The Order of Chivalry*, y en su prefacio lamentó el declive de las normas de conducta caballeresca y recomendó a sus lectores los grandes modelos que podían hallar en los Romances de Arturo. No se disponía por entonces en inglés de nada utilizable, y por una feliz oportunidad supo la existencia del manuscrito de la gran compilación de Malory, que tendía sutilmente a conseguir los mismos fines morales y didácticos que perseguía él mismo. Así, en la lista de sus publicaciones, dicha historia aparece al lado de otras de héroes cristianos, como Godofre de Bullón y Carlomagno. Uno de los grandes méritos de Caxton fué que, en su calidad de primer impresor de Inglaterra, resistió la tentación de publicar Biblias y primeras ediciones de clásicos recién descubiertos, cuyo afán llevó a la quiebra de tantos impresores en el continente y mantuvo el criterio, más provechoso, de suministrar lectura a un público nuevo y popular. Su edición de *Canterbury Tales*, de Chaucer, fué un acontecimiento poético, y su *Morte d'Arthur* dió al mundo de la caballería los últimos esplendores durante una época en que dichos temas interesaban apasionadamente.

En 1934 Mr. W. F. Oakeshott descubrió en la «Fellows Library» de Winchester una copia manuscrita de Malory que arroja luz sobre los métodos seguidos por Caxton como editor, y que sirve para resolver y también para plantear muchos problemas en relación con el propio Malory. El manuscrito acaba de publicarse por el profesor E. Vinaver, de la Universidad de Mánchester, en una magnífica edición (Oxford University Press). Al comparar los textos, vemos que Caxton modernizó el lenguaje, haciéndolo más accesible al lector, y mejoró la gramática; en una sección importante cortó el texto rígido y arcaico en una mitad y lo hizo legible. También ayudó al lector distribuyendo la Historia en 21 libros con

500 capítulos provistos de títulos. Desgraciadamente, expurgó algunos de los finales patéticos puestos a algunos capítulos por Malory, a través de los cuales se ha probado de un modo contundente que el libro se escribió en la prisión.

Los eruditos han conseguido identificar en el curso de los últimos cincuenta años a Malory con Sir Thomas Malory, de Newbold Revell (Warwickshire), y han logrado acumular gran acopio de detalles biográficos bastante sensacionales. Formó parte del séquito de Richard Beauchamp, Conde de Warwick, cuando éste residió en Francia, y posiblemente fué testigo de la ejecución de Juana de Arco en 1431, como miembro de la guardia de Beauchamp. Fué diputado al Parlamento por Warwick en 1445, y, ante el asombro y alarma de los comentadores, aparece en numerosos procesos a partir del año 1451, como ladrón de casas y ganados y jefe de una partida de bandoleros. Fué acusado de saquear monasterios, del delito de doble violación, evasión de presidio y tentativa de asesinato. Podemos afirmar que estuvo en la cárcel durante los últimos veinte años de su vida, y probablemente murió en la prisión de Newgate (Londres) y fué enterrado en la capilla de Grey Friar's, situada en las cercanías de aquélla, en 1471.

A primera vista parece que hay un contraste imposible entre semejante vida y los ideales de la conducta caballeresca presentada de un modo preceptivo y militante en la *Morte d'Arthur*. Pero, en aquella época, las gentes estaban acostumbradas a tal dualidad, y los anales contemporáneos están llenos de biografías análogas, cuyos protagonistas, aparte de tales deslices, gozaban de la estima universal como hombres nobles y bien nacidos. En todo caso, mientras estuvo en la cárcel vivió alejado de toda violencia y tuvo tiempo de meditar, tanto en el declive de los buenos tiempos antiguos como en las normas ideales que debían inspirar la conducta de un caballero.

Aunque la obra está impregnada de doctrina, como subrayó Caxton, no afecta al lector que busca entretenimiento. Está llena de acción, que es demasiada a juicio de los lectores moralizadores,

como Roger Ascham, que, cien años más tarde, dijo que sus temas principales eran «el asesinato desenfrenado y una alcahuetería procaz». Tiene una inmensa variedad. En el prefacio hecho por Caxton se dice: «Aquí pueden verse actos de nobleza, cortesía, humanidad, amistad, intrepidez, amor, camaradería, cobardía, asesinatos, odios, virtudes y pecados.» Aparecen los grandes relatos de Lancelot y Guenever, de Gawain y Galahad, y de la expedición en busca del Santo Graal; y aunque no constituía el tema básico de la obra, la gran novela de amor romántico de Tristán e Iseo, primera en su género. El relato de la muerte de Arturo no se supera por la versión de Tennyson, que debe muchas de sus frases al original de Malory. Pero hay algo más, porque todos estos relatos, hasta en los menores detalles de la técnica y golpes de los torneos, aparecen tratados con mayor minuciosidad en los libros franceses, que Malory aprovechó y «redujo» de tamaño. La erudita edición del profesor Vinaver ofrece una detallada comparación con las fuentes de Malory, tal como han llegado a nosotros; pero todavía queda por hacer una labor de síntesis, que intentaremos aquí.

Malory presenta su obra como una reducción o extracto de libros franceses originales, que llega a comprimir en una décima parte de su volumen total. Sus métodos y puntos seleccionados nos permiten averiguar mucho y conjeturar mucho más acerca de su personalidad y objetivos. A través de las interpolaciones originales de Malory descubrimos algo de los problemas de la época. La caballería sólo recibía un culto meramente ficticio. Había una contradicción abierta y desagradable entre las prédicas y la realidad. El caballero medieval había degenerado en el individuo licencioso del Renacimiento, y al mismo tiempo surgía un nuevo concepto con los «caballeros» que no eran de alcurnia noble. Podemos percibir cómo unos y otros luchaban por su predominio. La actitud de Malory puede verse claramente en la presentación de sus héroes, especialmente de Arturo y Lancelot. Arturo es el noble presidente de un club de héroes, el jefe ideal, leal a sus compañeros y presto a reconocer sus proezas y valor:

Todos los hombres de honor decían que era una satisfacción estar a las órdenes de un jefe como él, que se lanzaba a las aventuras lo mismo que los demás.

Se entristece por la pérdida de sus compañeros, a quienes estimaba más que a la mujer :

Siento la pérdida de mis buenos caballeros más que la pérdida de mi bella reina, porque podré tener nuevas reinas, pero nunca volveré a encontrar una confraternidad de tan buenos caballeros.

El código de la caballería es terminante en los preceptos de Arturo :

Nunca ultrajes ni asesines, y huye siempre de la traición; concede perdón a quien lo pida; socorre siempre a las damas y mujeres; defiende sus derechos y nunca las fuerces con amenazas; y no trabes batalla por querrela injusta, por desamor ni por cosas mundanas.

Están implícitas las nociones del proceder leal al prescribir que no se debe herir a un caballero caído en tierra ni matar a un hombre dormido, culminando en la noción cristiana de que

Todo hombre bueno debe comportarse con los demás como lo haría consigo mismo.

Los caballeros de Arturo son la «flor de la caballería», y se les encarece que sean «espejos donde se miren los restantes caballeros». Lancelot, creado por sutiles adiciones o alteraciones de los originales de Malory, es tal espejo, y el lamento de Héctor es la mejor oración fúnebre que puede desear un caballero.

Hay un aspecto que no debe desdeñarse. Como sostiene un eru-

dito norteamericano, Malory «merece, mejor que otro autor, el crédito de presentar al público británico moderno Arturo y sus camaradas como héroes nacionales», porque dió gran importancia al fondo británico de los relatos y subrayó el papel desempeñado por Arturo en la historia primitiva del país, forzó el paralelo con las guerras civiles de su época y se permitió comentarios sagaces sobre el inmutable modo de pensar de los ingleses :

¡Ay de mí! Este es un gran defecto de todos los ingleses, porque no hay nada que les guste de primera intención.

Malory está vinculado a la historia británica con la misma fuerza que a la literatura inglesa. La publicación de Caxton vió la luz cuando llegaba la nueva dinastía Tudor. Enrique VII bautizó a su hijo con el nombre de Arturo, y, de haber vivido, habría llegado a ser otro Rey Arturo. La «Dama de los Lagos» saludó a la Reina Isabel en un desfile organizado en Kenilworth, y un cronista español de 1587 recuerda que cuando Felipe II se casó con María de Inglaterra prometió que si el Rey Arturo, como rezaba la leyenda, volvía a reclamar el trono, renunciaría pacíficamente sus derechos a dicho Príncipe. Tintagel, donde nació Arturo, sigue siendo un lugar de peregrinación para los amantes del pasado. Astolat sobrevive en Guildford, y aunque el cráneo de Gawain no está ya en el castillo de Dover, la Tabla Redonda de Arturo puede verse aún en el Camelote de Malory, en Winchester.

LOS LIBROS

BIBLIOGRAFÍA PEDAGÓGICA DE LIBROS PUBLICADOS

EN LOS AÑOS 1930-1935, por JULIA OCHOA Y VICENTE. - Ediciones del Instituto «San José de Calasanz», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.-Madrid, 1947.

En la dura e ingrata tarea de preparar una tesis, un libro, una ponencia, una conferencia inclusive, no hay más eficaz y orientadora guía que la bibliografía de la materia en que se trabaja. El fichero, bien apretado en papeletas de aquí y de allá, es el compañero que nos va señalando caminos, que nos va abriendo puertas que sólo estaban entornadas, que nos da luz sobre zonas ensombrecidas. Todo esto y más es la ayuda que los índices de papeletas bibliográficas sobre libros o periódicos y revistas otorgan al erudito y simplemente estudioso.

Pero la tarea de ir repasando ficheros requiere, en estos días en que es necesario fijar la atención en tantos trabajos, un tiempo difícil de hallar las más de las veces; por otro lado, en algunas ocasiones, el fichero no da toda la ayuda precisa, ya que aquel folleto del que oímos hablar o aquella revista no han tenido en él cabida por una u otra causa. Por todo esto crece la utilidad de las publicaciones de índole bibliográfica. De estos libros, que reúnen en sus páginas cientos y cientos de papeletas y que llevan hasta el más apartado rincón todo aquello ya antiguo, ya de úl-

tima hora, que las bibliotecas y los archivos reúnen en sus estantes sobre matemáticas, sobre medicina, sobre cualquier materia.

Con ellos sobre la mesa tenemos ya la certeza de dónde aparecieron los materiales bibliográficos que para la confección de nuestro libro, nuestra tesis o nuestra conferencia exigen la consulta. Y realizado ya el elogio general de los libros de esta índole, hemos de venir a hacerlo en particular del que la Vicesecretaria del Instituto «San José de Calasanz», de Pedagogía, ha publicado, y que constituye una notable continuación de los que dió a las prensas en su día el ilustre académico don Rufino Blanco.

Doña Julia de Ochoa y Vicente ha trabajado largamente y con cuidado exquisito para ir reuniendo, a través de infinidad de publicaciones, de periódicos y de revistas, los millares de fichas pedagógicas que contiene este volumen de más de quinientas páginas.

Millares de papeletas bibliográficas en torno a todo lo que de Pedagogía vió la luz en el mundo en los años comprendidos entre 1930 y 1935.

Con este volumen al alcance de la mano, el pedagogo tiene ahorradas muchas horas de ingrata labor a la hora de ir a investigar, o simplemente a escribir de un tema de su especialidad, ya que, con sólo buscar en el índice de materias en el libro de la señora Ochoa —índice realizado con paciencia infinita—, se encontrará al instante con todo lo que pueda interesarle.

Hace varios meses exaltábamos desde estas columnas una bibliografía cervantina, realizada por el distinguido erudito señor don Eduardo Ponce de León, hoy hemos de volver al elogio de este tipo de libros ante el tomo de la señora doña Julia Ochoa, del Instituto «San José de Calasanz», que éste nos presenta con el cuidado que es norma en todas sus publicaciones.

S.

XX INCUNABLES DE LA COLECCIÓN MASSÓ,

por FRANCISCO VINDEL.-Madrid, 1948.

En el momento de recibir y repasar este bello volumen, que en edición no venal de cuatrocientos ejemplares, han editado los señores Massó, no podemos por menos, antes de entrar en la tarea crítica, de hacer una breve loa del mecenazgo. De esa noble actividad y ese generoso afán de dar una protección sin límites a las

letras y a las artes. De esa noble actividad, que vienen realizando entre nosotros desde hace largos años los señores Massó, creadores en la ciudad de Vigo de un Museo-Biblioteca, guardadores uno y otra de singulares riquezas. Mecenazgo el de los Massó que no está sólo en la amplia protección que dan a las artes y a las letras, sino que se extiende más aún al abrir las puertas de su Museo-Biblioteca a todos los estudiosos. Régimen de amplia libertad para entrar en ellos y para que el historiador o el artista gocen más en propiedad de sus más ricos tesoros, vienen realizando ediciones de singular belleza e interés, tal aquella publicada en 1940 sobre las cien mejores obras de la Colección Massó, tal la que hoy llega a nuestras manos.

Este libro de hoy —maravilla tipográfica— guarda la esencia de los incunables que los Massó poseen. Son éstos nacidos en Italia, en España y en Alemania, y los firman los más ilustres impresores que en aquellos años áureos del xv y el xvi tenían sus talleres, chicos y silenciosos, en las rumorosas y calladas villas y ciudades de Pamplona, Venecia, Burgos, Roma, Salamanca, Sevilla y Florencia.

En el catálogo que hoy los Massó dan a las prensas, en edición no venal de cuatrocientos ejemplares, bajo el pilotaje del bibliófilo Francisco Vindel —que con este libro cumple al dar a la estampa su trabajo número cincuenta, sus bodas de oro con la bibliofilia—, hay, sobre el dato y la noticia exacta y minuciosa, una gran exposición de lo que son cada uno de ellos. Exposición o expresión en las palabras prologales y eruditas de don Angel González Palencia, reiteración de aquéllas en la reproducción perfecta que de las páginas, capitulares y grabados de cada incunable, ha hecho realizar Vindel con singular acierto.

Nos hallamos en este volumen, de ciento y pico de páginas y ciento setenta y cinco facsímiles, con una cantera inagotable de hermosura en cuanto a iniciales de letras, a dibujos, a perfección de impresión; nos hallamos con la gracia sin igual de los textos del *Exemplario contra los engaños y los peligros del mundo*, que viera la luz, en Burgos, en casa de Fadrique de Basilea, en 1498. Libro que guarda en su texto, y en lo que pudiéramos llamar sus aleluyas, unas advertencias que no se hacen viejas y que ahora, en nuestros días, tienen igual valor que en aquellos otros, ya lejanísimos, del xv.

La religión, la erudición, la filosofía, la historia y lo que Gon-

zález Palencia llama con propiedad «amena literatura» tienen uno o más representantes en este rico catálogo, que nos hace pensar, al pasar y leer sus notas y algunos textos que allí se reproducen, que tenemos con unción entre las manos un ejemplar de la *Leyenda Aurea Sanctorum* o de la *Cosmographia*, de Claudius Ptolomeus. De estos y de todos aquellos, cuya más exacta descripción nos hace don Francisco Vindel en las páginas del presente y rico libro, que, en gesto de verdaderos mecenas, han editado los señores Massó.

JUAN SAMPELAYO

BERGNES DE LAS CASAS. HELENISTA Y EDITOR. 1801-1879,
por SANTIAGO OLIVER CANALS.-Ediciones del Instituto «Antonio de Nebrija», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.-Barcelona, 1947.

En todo el correr del siglo XIX son muchos los hombres de letras que llevados de su amor a las mismas, se dedicaron, más por el gusto de cultivar aquéllas que por lo que pudiera tener de saneado negocio, a la profesión de impresor y editor. En Madrid y en Barcelona, de modo preferente, nos encontramos con este tipo de hombres que hoy, al cabo de muchísimos años, vuelve a darse en el clima de nuestra cultura contemporánea.

En ese grupo de los escritores o eruditos que dedicaron sus horas y sus afanes a la imprenta y la edición hay que colocar en un lugar de honor a D. Antonio Bergnes de las Casas. Fué, sin duda alguna, en una vieja revista, hojeada como entretenimiento, en donde por primera vez nos saltó a la vista su nombre. Fué en *El Museo de las Familias* y en un grueso y bien ilustrado tomo de la *Historia del Gil Blas de Santillana*, donde aquel nombre se nos quedó grabado. Después, con el tiempo, habían de venir a añadirse a aquella noticia de la existencia del Sr. De Bergnes la de sus estudios sobre el griego, la de tantos libros por él dados a las prensas en un largo período del siglo XIX.

Bergnes de las Casas había merecido hasta el momento presente varios estudios en torno a su persona y a su obra. Dignos, muy dignos todos ellos, pero no con la categoría y la minuciosidad con que nos plantea, hoy una y otra, la obra de don Santiago Oliver Canals.

El presente volumen nos trae en sus páginas el paralelo vivir de Bergnes de las Casas, erudito y maestro en helenismo y del hombre que a su profesión de editor llevó el gran acervo espiritual que dentro de él bullía a cada instante.

Llevó —y la copiosa bibliografía de las obras por él traducidas, impresas o editadas nos lo dicen— a sus trabajos el gran deseo de poner a la cultura de su país a la altura que ésta siempre estuvo en los siglos de oro y a dar a conocer las últimas novedades extranjeras, el libro de mayor interés. Y, a la vez que desarrollaba esta noble idea en cuanto al libro y al periódico, fué editor de revistas —*El Vapor* y *El Museo de las Familias*—, que constituyeron en aquel pasado una empresa digna de todo encomio, tanto en lo económico como en lo espiritual.

La nobleza espiritual y el profundo sentido de trabajo de Bergnes de las Casas resplandecen por igual en esta biografía, erudita y minuciosa, del profesor de la Escuela de Filología de Barcelona don Santiago Oliver.

Resplandecen aquéllas, y es su libro a modo de creciente guía de la producción literaria española y extranjera en el XIX. Fichas con infinidad de datos y de noticias en torno a los libros dados a la imprenta por Bergnes son los que cita Oliver. El Instituto «Nicolás Antonio» ha tenido un verdadero acierto al dar a la estampa esta obra, que tan bien nos hace conocer una tan importante personalidad intelectual como la de Bergnes y un período tan interesante de la imprenta y la edición en España. Y sea la última alabanza el interés y el buen gusto que ha presidido las ilustraciones de este tomo, con el que el Consejo Superior de Investigaciones gana un lauro más que añadir a los muchos que ostenta.

J. S.

CARLOS PEREYRA Y SU OBRA, por ANGEL DOTOR.

Editorial Aguilar.-Madrid, 1948.

En el largo devenir de los años Carlos Pereyra fué acrisolando cada vez más su amor y su devoción española. Iba pasando el tiempo, y él encontraba siempre una nueva atadura del sentimiento, del arte, de la literatura o de la historia, para hacer mayor su respeto y su cariño a todo lo español, a todo aquello de ancha raíz hispana.

En ese amor y ese respeto vivió entre nosotros más de treinta años largos Carlos Pereyra; en él murió un día que ya se va haciendo lejano de un junio luminoso.

Ahora, cuando sus huesos han dejado la tierra española, que le recogió amorosamente a su muerte, para ir a gozar del eterno abrazo de la suya mejicana; ahora, después de los homenajes del Estado español a su memoria, surge de nuestras prensas otro homenaje, que, con su tono de respeto y sencillez, viene a fijarnos de manera indeleble su figura y su obra.

El biógrafo, en la ocasión presente, ha sido un gran amigo suyo, que ha seguido con minuciosidad y exactitud exquisitas el vivir de Pereyra. Ha caminado con él largas jornadas, y las que no estuvieron juntos, las ha estudiado en el libro, en el diario y la noticia, que han hecho un completísimo índice de la vida del gran hispanista desde su nacimiento, en Saltillo, a su óbito en un sanatorio madrileño.

Han sido infinitos los datos, las noticias, las opiniones y las críticas que Angel Dotor ha sacado de un lado y de otro con cuidadoso afán para traerlos a su libro. Una tarea de evidente trabajo, que más tarde no ha sido menor al enhebrar todos aquéllos y darles una cuidada forma literaria para construir así la vida y la obra del autor de tan hermosas obras, escritas en honor de España y de su grandeza.

Copiosa en el dato sobre el vivir de Pereyra es la obra de Dotor, pero más aún en lo que se refiere a la revisión crítica de sus libros, que él va juzgando, uno a uno, con conocimiento perfecto de lo que son, que va criticando personalmente y también a través de las más ilustres plumas españolas y extranjeras.

En la hora del homenaje nacional a Carlos Pereyra ha sido una grata idea la de este libro, que Angel Dotor ha escrito con cariño y con conocimiento. Con estas dos cosas, que no pueden faltar nunca en la pluma de un biógrafo, sea quien sea su biografiado. Una idea feliz la de Dotor, que ha alcanzado una excelente realización y que será de una singular utilidad para el estudio del hispanoamericanismo de los tiempos que corren.

J. S.

TIERRA Y CANCIÓN (poesías), por JOAQUÍN
ROMERO MURUBE. - Editora Nacional.
Madrid, 1948.-20 pías.

Hacia tiempo que tan sólo ecos nos llegaban de la voz poética de Romero Murube; ecos traídos por folletos y artículos noticiosos del Alcázar sevillano—o alguna separata de revista literaria—, donde campeaba la vena lírica de Joaquín Romero, que se ha encerrado en tan magnífica mansión para enseñorearse, para hacerse más serena, más mirada que serenamente acaricia cuanto se pone ante ella. Y ahora, al fin—al fin para los que seguimos a Joaquín Romero Murube desde aquellos tiempos, no muy lejanos, de *Mediodía*—, aparece este *Tierra y Canción*, donde el canto de Romero Murube está acompañado por el agua y la flor; donde su voz se nos muestra robadora del sonido de las fuentes sevillanas y del aroma de las plantas finas de los jardines. La voz de Joaquín Romero, perezosa y somnolienta, como el frescor de un patio sevillano en la tarde estival.

Porque la poesía de Romero Murube nos da eso justamente: no es el grito hondo, angustiado, como es el de una intimidad poética a lo castellano; no es esa persecución severa del yo descubierto, de la verdad de ese yo por descubrir, que matiza en tragedia la poesía de los hombres de Castilla. Joaquín Romero Murube, en su poesía, es el hombre satisfecho de la existencia—sin torturantes problemas de ser o no ser—, que encuentra la vida perfectamente acabada, y con toda serenidad, con una serenidad tintada por la melancolía, hace que surja el lírico que lleva dentro y comience a cantar ante lo contemplado, ante las cosas exteriores que le han producido enamoramiento. Y lo hace a media voz, con sordina a veces, porque en la poesía de Romero Murube se advierte que canta para él, como para convencerse él mismo de que es cierta la belleza de lo que contempla, ya que ella hace que brote melodiosa, fácil y armónica su voz, cual si vistiera suavidades de rocío al resbalar sobre los pétalos de la azucena. Así es siempre la poesía de Joaquín Romero: a media voz, aterciopelada, cantarina, andaluza ciento por ciento, aunque no alcance la «pena pena» del canto «jondo».

Una poesía en la que siempre encontramos al plástico malogrado, o al contemplativo incorregible, enamorado de la forma y el color:

*No estoy aquí, que me llama
la luz de tu calle, el sol
sobre el acerado gris
y las paredes de cal
con el balcón de geranios.*

Y cuando así nos dice estamos viendo al acuarelista que va cortando colores en cada verso, pendiente de la matización del color, de las sombras y de las claridades; el acuarelista que es todo ojos emocionados. Como en el poema «A unos cedros» le vemos con obsesión por la forma, buscándola y recogiéndola en todas sus expresiones, apresando la materia en cada palabra:

*Fuente de verde vida, latidos de sustancias
vírgenes, transparentes—agua, sol, luz, resina—.
La arcilla que se encrespa por ser arquitectura
y nutre el tronco fuerte, las cruces corpulentas,
los vástagos flexibles, las piñas en los frutos,
y ese plumón de plata que reviste las ramas,
y en donde el aire duerme, cansado de caminos.*

Sigue aquí el plástico que se encierra en Romero Murube, ahora en escultor—atavismo logrado—, con el alma y el sentir de alguno de los imagineros de la escuela sevillana, que cromata su escultura. Y es escultor también cuando, en el «Romancillo del Niño del Barrio», dice:

*Los muslos y el talle estrechos,
esbelto como una espiga.
En el bronce de su cara,
lo blanco de la sonrisa.*

Poesía esta de Romero Murube cuajada de sensualidad, de cálido entusiasmo por lo externo; una poesía que surge fácil y expresiva, en un verso lleno de naturalidad, nada esforzado y sin estridencia, como si el poeta no quisiera levantar su voz por encima de las cosas que canta. Sin intentar coger el cielo con las manos, tal vez porque piensa que el cielo está en esas cosas que él acaricia cantando. Ni aun en sus visiones dramáticas levanta la voz. Ejemplo de ello son su «Fábula del niño muerto»—uno de

los mejores poemas del libro—, o en «Kasida de las campanas». Así como toda su estética se declara en «Kasida de la muerte».

En esta última se manifiesta, casi de una manera total, la postura poética de Joaquín Romero, expresando qué desearía ser después de muerto; queda allí clara la situación ante el mundo del hombre contemplativo que este poeta es, del cual no podemos esperar otra poesía que esta de las cosas gustadas, que este cantar constante a lo gozado, exento de la pasión de las cosas deseadas.

Tal vez a esta poesía pueda achacársele falta de entrañabilidad, de intimismo que identifique al poeta con su lector. Pero, sin embargo, remansa melancólicamente, como el sonido de las fuentes en la noche estival del Alcázar sevillano.

Muy buenas y acertadas las ilustraciones de Escassi.

EUGENIO MEDIANO FLORES

HISTORIA DE LAS CAMPAÑAS DE MARRUECOS.

Editada por el Servicio Histórico Militar del Estado Mayor Central del Ejército.

Hora era ya de que apareciera una obra exacta, documentada, profunda y amena, que pusiera de manifiesto todo el heroísmo, toda la nobleza y toda la abnegación que España derramó en la empresa marroquí, no con objeto de dominar un pueblo, ni de ensanchar sus límites territoriales, sino para sembrar en aquellas tierras la semilla que habría de darnos en su día la más espléndida cosecha de amor y de comprensión que pueblo alguno pudo recoger.

Viene este primer tomo a abrir el camino que nos conducirá al conocimiento de cuanto se hizo en Marruecos, a despecho de los tanteos, de las vacilaciones y de la inexperiencia de la política, y en donde el Ejército, como única y exclusiva avanzada de España en el Continente africano, sufría, sin importarle las críticas despiadadas de aquellos que tenían la obligación de orientarlo y animarlo; dejando en aquellas tierras, día tras día, su sangre, su esfuerzo y sus energías, con la vista puesta en la gloria y en el provecho de España.

Hasta el título de la obra es el adecuado al relato de una empresa que desde su iniciación tendió a estrechar en un abrazo eterno a un pueblo que, como el marroquí, es tan hermano del nues-

tro, como en la descripción de sus caracteres raciales y de su geografía evidencia esta obra, que enaltece una empresa que es el mejor galardón de España; pues la realidad vino más tarde a demostrar que aquella frase despectiva de un escritor francés, de que «Africa empezaba en los Pirineos», fué sustituida en el año 1936 por la de «España empieza en Marruecos», ya que en España, y luchando por rescatar la de los antiespañoles, se selló la fraternidad hispanomusulmana para siempre, pues cuando la sangre se vierte por el mismo ideal y por el mismo sentir es porque se vierte por la misma madre.

La obra es un modelo de exposición perfecta, detallada, interesante, con abundancia de notas, con cita de bibliografías que han servido de base para su redacción, y en ella se justifica la razón de que fuéramos nosotros los encargados de llevar a Marruecos la cultura y los adelantos de la civilización, porque, como se patentiza en la obra, ningún pueblo más que el nuestro tiene abo- lengo para ello.

Para demostrarlo empieza el libro con antecedentes históricos, geográficos y geológicos, que justifican la razón de nuestras campañas de Marruecos, ya que desde Asdrúbal la sangre de iberos y bereberes fué mezclada, y en empresas iberas tomaron parte los marroquíes, y viceversa; y además justifica esta obra que nuestras campañas de Marruecos, como toda obra llevada a cabo por España, fueron presididas por la hidalguía, la caballería y la generosidad de nuestra raza, extremadas aún más en Marruecos, porque las campañas que en su suelo tuvieron lugar no eran sino jalones que marcaban el acercamiento hacia un pueblo hermano, del que nada queríamos y del que nada pretendíamos, pues, como ya decía el Rey Católico: «La empresa de Marruecos debe hacerse sin destrucción en su suelo y sin acarrear daño a sus súbditos.»

Y así se patentiza en la obra, que estudia y expone la primera etapa de la empresa marroquí, que empieza en 1497, cuando Estopiñán desembarca en Melilla, y continúa justificando que nuestras plazas de soberanía y plazas Menores no tienen más objeto que acabar con la piratería, para llegar al relato del empleo del Ejército en Melilla y en la campaña de la zona occidental, donde los jalones destacados de Castillejos y Tetuán ponen de manifiesto el heroísmo de nuestro Ejército y la batalla de Wad-Ras; evidencia el que el Ejército se empleó entonces, como después en el siglo XX, como bistori que la gran cirugía de la Historia hace insus-

tituible e inevitable cuando los pueblos, por incomprensión—como el marroquí en aquel entonces—, no están preparados para una empresa de paz y de concordia, por lo cual hay que someterlos por una violencia inicial, que sólo el Ejército es el llamado a efectuar.

Desde el punto de vista militar, las batallas y hechos de armas principales de la etapa que acabó en 1894 están perfectamente descritos, y tiene esta obra la virtud, el acierto y la maestría de que hasta en lo técnico deleita al profano en materia castrense, y es a su vez obra de historia profundísima, de la que se sentía necesidad y que hasta ahora no se había escrito, pero que desde ahora ninguna otra podrá igualar y menos aún superar.

Describe la Conferencia de Madrid de 1880, en forma que refleja exactamente el que desde aquel entonces Marruecos sería el lugar sobre el que habrían de converger las ambiciones de las potencias extranjeras, que, para su medro y provecho propio, ya querían descomponer el Imperio minando la autoridad del Sultán, y se prueba cómo fué únicamente España la que preconizó el robustecimiento de la autoridad imperial, y fué sólo nuestra voz la que se alzó, romántica y desinteresada, en medio de un griterío donde todos pedían y todos deseaban un reparto, y que al encontrarse con nuestra conducta trajo como consecuencia que en 1877 todas las potencias, excepto Francia, reconocieran nuestro derecho sobre Marruecos.

Relata después la obra el conflicto en el campo exterior de Melilla y el nombramiento del General Martínez Campos como General en jefe del Ejército de Africa, para terminar en el Tratado de Marraquex de 1894, que pone fin a la empresa, que ante las campañas de Cuba y Filipinas, que en aquel entonces absorben el esfuerzo nacional, pierden actualidad y hacen abandonar la política iniciada.

Es lógico que con impaciencia se espere la aparición de la continuación de la obra, que dirá cómo en el siglo XX el Ejército, no obstante la crítica de que era objeto, el ambiente de indiferencia del pueblo y de los Parlamentos, combatía con temeridad y valor escalofriantes, y en sus filas iban forjándose unos Mandos tan admirables, que tiempos después habrían de ser los salvadores de España; precisamente porque los marroquíes serían hermanos nuestros y vendrían con nosotros cuando un cambio de rumbo en nuestra Historia nacional, al traer consigo un cambio en la direc-

ción de la guerra, destacase a un Patriota que al hacer comprender al país que Marruecos era una necesidad histórica y trascendentalmente española, iba a ganar definitivamente el corazón de un pueblo hermano nuestro, que sólo la incomprensión y la torpeza de unos políticos estuvo a punto de poner en grave peligro de perderse para siempre un tesoro sin igual.

Por ello, a juzgar por el primer tomo, se espera la continuación de esta obra, que no sólo vindicará la acción de España en Marruecos, sino que patentizará la razón de esta empresa al ver cómo el año 1936 lucharon nuevamente juntos en suelo de España marroquíes y españoles, estrechándose desde entonces en un abrazo que no se deshará jamás, ya que cuando por una idea se ofrenda la vida y con alegría se camina por los mismos senderos hacia la muerte, es porque, como esta obra demuestra, por las venas corre la misma sangre y está encendida por la misma pasión, que sólo el amor y el calor de una madre común pueden mantener constante y para siempre encendido como llama sublime que ofrendar al culto de un ideal, que sólo puede ser el mismo cuando las mismas son : las razas, los suelos y las culturas.

CARLOS CALVO MOLLEDA

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 14 de abril de 1948 por la que se anuncia concurso para la concesión de varios premios con motivo de la «Fiesta del Libro» y se dan normas para la celebración de la misma.

Ilmo. Sr.: Como en años anteriores, al llegar la fecha de 23 de abril, debe celebrarse en toda España la «Fiesta del Libro», en cumplimiento del Real Decreto de 6 de febrero de 1936, que la estableció para glorificar la memoria inmortal de Cervantes y, al mismo tiempo, exaltar los eternos valores del libro español y la misión trascendental de las bibliotecas. Para su conmemoración,

Este Ministerio ha dispuesto:
Artículo único.—El día 23 de los corrientes se celebrará en toda España la «Fiesta del Libro Es-

pañol», con arreglo a las normas contenidas en los apartados a) y b) de la Orden ministerial de 14 de abril de 1947. (*Boletín Oficial del Estado* del día 17.)

a) Con motivo de esta Fiesta, el Ministerio de Educación Nacional concederá los siguientes premios:

1.º Uno de 500 pesetas para un artículo periodístico, con el siguiente tema: «Bibliotecas infantiles», que se haya publicado en cualquier periódico de España desde el día de la aparición de esta Orden ministerial en el *Boletín Oficial del Estado* hasta treinta días después.

2.º Uno de 1.000 pesetas y un accésit de 500 para dos composiciones poéticas en honor de San Benito, glorioso fundador de las bibliotecas monásticas medievales.

3.º Uno de 4.000 pesetas pa-

ra la mejor colección de artículos publicados en la prensa de España sobre temas relativos a bibliotecas y a su función social, moral y educativa.

Las condiciones y plazos para la concesión de estos premios serán los siguientes :

1.º Los concursantes que aspiren al primero de los premios entregarán en el Registro General del Ministerio un ejemplar del periódico en el cual se haya publicado el artículo, en sobre cerrado, dirigido al Ilmo. Sr. Director General de Archivos y Bibliotecas, con la indicación exterior : «Para el Concurso de la Fiesta del Libro. Premio 1.º» El plazo terminará diez días después de la fecha tope señalada para la publicación en los periódicos.

2.º Las poesías que se presenten para el premio 2.º se encabezarán con un lema y se presentarán en el Registro General del Ministerio hasta el día 10 de mayo próximo, en sobre lacrado, dirigido al Ilmo. Sr. Director General de Archivos y Bibliotecas, con la siguiente indicación exterior : «Para el Concurso de la Fiesta del Libro. Tema 2.º» En sobre aparte, con igual dirección e indicación, se escribirá el lema, y en su interior figurará una instancia de presentación al Concurso, en la cual conste el nombre, apellidos y domicilio del autor, juntamente con la indicación del

lema con el cual haya firmado su trabajo.

3.º Las colecciones de artículos periodísticos que aspiren al tercero de los premios se remitirán, debidamente coleccionados y acompañados de una instancia de su autor, al Ministerio de Educación Nacional hasta el 31 de octubre próximo.

4.º Terminados los plazos establecidos, la Dirección General de Archivos y Bibliotecas designará las personas encargadas de discernir la concesión de los premios, y su fallo se hará público en el *Boletín Oficial del Estado*.

Los trabajos que resulten premiados pasarán a ser propiedad de este Ministerio.

Los restantes podrán ser recogidos por sus autores o por personas debidamente autorizadas dentro de un plazo de treinta días después de la publicación de los fallos en el *Boletín Oficial del Estado*. Pasado este plazo, podrá el Ministerio disponer de aquellos que no fueren recogidos.

b) Los Patronatos Provinciales de Archivos, Bibliotecas y Museos, asistidos por el personal docente, el Director de la Biblioteca Pública y con la colaboración de los Organismos que estimen convenientes, pueden organizar fiestas o cuestaciones públicas el día que cada uno de ellos acuerde, con el fin de recaudar

fondos con destino a las atenciones de los mismos.

c) Los Directores de Centros coordinadores de bibliotecas propondrán a esa Dirección General la Biblioteca de su respectiva demarcación que más se haya distinguido por su labor durante el año anterior para concederles premios en libros.

d) Los citados Directores comunicarán a las Juntas de las Bibliotecas Públicas Municipales de ellos dependientes que conmemoren la «Fiesta del Libro» mediante conferencias divulgadoras de la misión de la Biblioteca.

e) Los Directores encargados de las Bibliotecas Públicas del «Servicio Nacional de Lectura» concederán un libro como premio al lector que más se haya distinguido en el buen uso de la Biblioteca.

f) Por el Instituto Nacional del Libro Español se señalará la fecha para la venta de los libros con el descuento del 10 por 100 sobre su precio ordinario.

Lo que digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 14 de abril de 1948.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Archivos y Bibliotecas.

ORDEN de 10 de diciembre de 1497 por la que se concede el premio de 2.000 pesetas al tema tercero del concurso de la «Fiesta del Libro» presentado por D. José de Góngora y Ayustante.

Ilmo. Sr.: Vista la propuesta que, por unanimidad, formula el Jurado calificador nombrado al efecto para premiar con 2.000 pesetas el trabajo correspondiente al tema 3.º, que en el apartado c) establece la Orden ministerial de 14 de abril último, con motivo de la «Fiesta del Libro Español», conmemorativa del aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra;

Habiendo tomado razón del importe del premio la Sección de Contabilidad en 27 de octubre del corriente año e informado favorablemente el gasto por la Intervención Delegada de la Administración del Estado en 31 del propio mes,

Este Ministerio ha tenido a bien aprobar el fallo del Jurado calificador y, en su virtud:

1.º Conceder el premio de 2.000 pesetas al trabajo presentado bajo el lema «Laus Deo», del que es autor D. José de Góngora y Ayustante; y

2.º Que las expresadas 2.000 pesetas sean libradas con cargo al Capítulo 1.º, artículo 2.º, Grupo 7.º, Concepto 8.º del vigente

Presupuesto, expidiéndose el libramiento «en firme» contra la Tesorería Central de Hacienda y a nombre del referido D. José de Góngora y Ayustante.

Lo que digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 10 de diciembre de 1947.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Director General de Archivos y Bibliotecas.

DECRETO de 9 de abril de 1948 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio a D. José Iturbi.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en D. José Iturbi,

Vengo en concederle la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a 9 de abril de 1948.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,
JOSE IBAÑEZ MARTIN

DECRETO DE 2 de abril de 1948 por el que se autoriza un convenio especial entre el Estado y el Ayuntamiento de Málaga para la construcción de edificios escolares.

Continuando la política de colaboración entre el Estado y los Municipios para resolver con rapidez y eficacia el problema de las edificaciones escolares y teniendo en cuenta la meritoria actuación cultural del Ayuntamiento de Málaga, a propuesta del Ministro de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

DISPONGO :

Artículo 1.º Se autoriza un convenio especial entre el Estado y el Ayuntamiento de Málaga para la construcción de edificios escolares, incluídas las viviendas para Maestros Nacionales que sean precisos en su término.

Su número, clase y emplazamiento serán fijados, previo informe de la Inspección de Enseñanza Primaria, por el Arquitecto escolar de la provincia, en colaboración con el Municipal que designe el Ayuntamiento.

Art. 2.º El Estado subvencionará las obras de cada edificio escolar con un 50 por 100 de presupuesto, excluídos los honorarios por formación de proyecto, dirección y Aparejador, que, jun-

tamente con el otro 50 por 100 y la aportación del solar, serán de cuenta del Ayuntamiento.

Art. 3.º Para que el Ministerio de Educación Nacional pueda conceder, en principio, las subvenciones correspondientes será preciso que por el Ayuntamiento de Málaga se incoen tantos expedientes como edificios escolares hayan de ser construídos y que los proyectos sean formulados por Arquitectos municipales, en colaboración con los del Ministerio.

El sistema de construcción será el de subasta, que se hará directamente por el Ayuntamiento y la adjudicación definitiva de las obras necesita la aprobación del Ministerio.

Art. 4.º El importe de la aportación estatal será abonado, previas las visitas de inspección que estime necesarias el Arquitecto escolar designado al efecto, en dos plazos: el primero, al ser cubierto el edificio y, el segundo, cuando esté totalmente terminado.

Será preciso, además, para proceder al abono del segundo plazo la aprobación de la liquidación final de las obras por el Ministerio de Educación Nacional.

Art. 5.º Quedan excluídos de los beneficios del presente Decreto los edificios ya construídos o en construcción.

Art. 6.º El Ministerio de Educación Nacional dictará cuantas órdenes sean precisas para la aplicación de lo establecido en los artículos anteriores.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a 2 de abril de 1948.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,
JOSE IBAÑEZ MARTIN

—
ORDEN de 26 de febrero de 1948 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a D. Agustín Cabrera Díaz.

Ilmo. Sr.: De conformidad con lo prevenido en la letra b) del art. 2.º del Reglamento de 14 de abril de 1945, y en atención a los méritos y circunstancias que concurren en D. Agustín Cabrera Díaz,

Este Ministerio ha dispuesto concederle el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio con la categoría de Encomienda.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 25 de febrero de 1948.

IBAÑEZ MARTIN

Ilmo. Sr. Subsecretario de este Ministerio.

—

